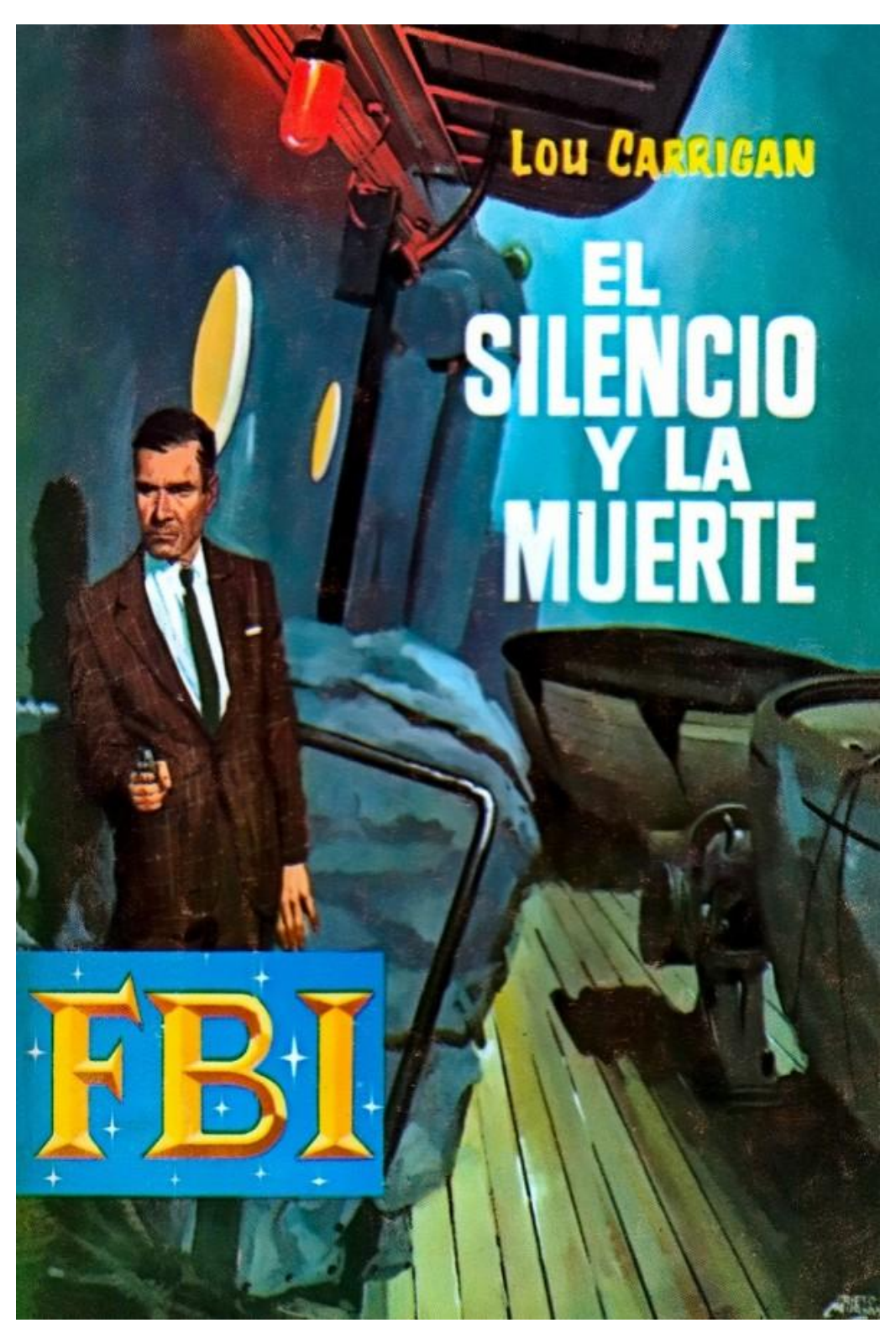


A movie poster for the film 'El Silencio y la Muerte'. The background is a painting of a man in a brown suit and dark tie, holding a handgun, standing on the deck of a ship. The ship's structure, including railings and a red light, is visible. The sky is a deep blue with some yellow circular shapes. The title 'EL SILENCIO Y LA MUERTE' is written in large, white, bold letters. The author's name 'LOU CARRIGAN' is in yellow. The 'FBI' logo is in the bottom left corner.

LOU CARRIGAN

**EL
SILENCIO
Y LA
MUERTE**

FBI

FBI



FR

Título del original, en inglés:
THE SILENCE AND THE DEATH

© Lou Carrigan
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Número de Registro: 2.678-66
Depósito Legal: M. 10.756-1966

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Belsa, 6. MADRID-19

LOU CARRIGAN

El silencio y la muerte

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de LOU CARRIGAN publicadas en nuestras colecciones:

Colección F.B.I.:

Núm. 738.—Espía profesional.

» 752.—El gran traidor.

» 758.—Cariño: este tipo está muerto.

Colección U. S. MARSHAL:

Núm. 6.—Ha pasado un «marshal».

» 9.—Frío de muerte.

» 25.—Una placa para dos.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 120.—A la caza del hombre.

» 126.—Siempre ganan los rurales.

» 132.—Cuartel de rurales.

Colección CORNILARGO:

Núm. 19.—Cuestión de valor.

» 23.—Ese hombre con revólver.

Colección PANZER DIVISION:

Núm. 5.—Camino de hielo.

» 11.—«Alexandria».

» 27.—Tu fría tumba.

Colección GANGSTERS:

Núm. 164.—Silencio: llega un ladrón.

» 170.—Un muerto simpático.

» 172.—Cogido en sus redes.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

Núm. 148.—Hara-kiri.

» 156.—Los esclavos.

El silencio y la muerte

LOU CARRIGAN

I

EL nombre del yate se veía en un costado, cerca de la proa. Se llamaba «Navigator», era blanco, limpio, de buena envergadura, y su marcha resultaba casi sorprendentemente veloz.

Apoyados en la borda, encima mismo del nombre, había dos hombres. Detrás, otros tres. Los dos primeros miraban hacia la lejana costa, que se veía como una ligerísima mancha de color indefinible. Uno de ellos debía tener cincuenta años, y algunos cabellos grises se mezclaban con los negros. El otro tendría treinta y cinco años, muy tostado el rostro, y ni una sola cana en su cabellera. Ancho de hombros, dura la expresión, oscuros los ojos, roquiza la gran mandíbula.

Se llamaba Charles Kademan, y era agente especial del F.B.I. El que estaba a su lado se llamaba Aarón Dunn, y era inspector para servicios especiales, adscrito a la Delegación del F.B.I. Él fue el primero en hablar.

—Muy bien, Charles, ahí tenemos la costa brasileña. Si nuestros navegantes no han fallado —sonrió amablemente—, aquello debe ser Salvador, en la bahía donde desemboca el Paraguaçu.

—No creo que hayan fallado, señor —sonrió también Kademan.

—Desde luego que no. Tienes la lancha dispuesta... La van a descolgar ahora... ¿Recuerdas bien todo lo que tienes que hacer?

—Me pregunto si usted me conoce realmente, señor.

—Tienes razón... Es una pregunta estúpida, ¿verdad? Pero me gustaría que comentásemos una vez más tu próxima actuación en Brasil.

—Sí, señor... Debo abordar esa lancha que van a tirar ahora para mí al mar. Luego, tengo que estar toda la noche al paio, dejándome llevar por la corriente. Apenas amanezca, gobernaré la lancha en dirección a esa ciudad llamada Salvador. Allá, estaré durante el día, esperando... Al anochecer, manejaré de nuevo la lancha, cruzando la bahía hacia la desembocadura del Paraguaçu. Allá, entre las ocho y las doce de la noche recogeré a un compañero llamado Jeff Carson, que está en grave situación debido a que ha sido localizado, según creemos, por esos contrabandistas. Jeff Carson está huyendo por la selva, bordeando ese río, desde hace dos días... Estará escondido cerca de la playa, esperando mi lancha... Lo recojo, lo traigo aquí y nos vamos. ¿Bien, señor?

—Perfecto, Charles. ¿Recuerdas el rostro de Carson?

—Jamás olvido un rostro, señor, aunque, como en este caso, solo lo haya visto en fotografía.

—Jeff Carson es un buen muchacho... Y fácil de identificar. Sus

cabellos son rubios, sus ojos azules, es alto y desgarrado y tiene una pequeña cicatriz en el pómulo izquierdo... Una cicatriz también inconfundible, en forma de U. No tiene pérdida.

—No, señor —sonrió Kademan.

—Bien...

—Una pregunta, señor.

—Adelante.

—¿Qué pasará con esos contrabandistas?

—No sé... La cosa está muy complicada... Tenemos noticias de que intervienen agentes y hombres prominentes incluso de Europa... La presencia normal de agentes del F.B.I. en Brasil está siendo mal interpretada... —sonrió astutamente—. Y con razón. Pero, lógicamente, el F.B.I. no puede dejar de intervenir en un contrabando de uranio, que puede afectar la seguridad nacional de Estados Unidos si permitiésemos que determinados países tuviesen una súper-reserva de uranio y, como consecuencia, de potencia nuclear.

—La pregunta es, señor, qué ocurrirá en Brasil si nuestros agentes se retiran. ¿Dejaremos que el contrabando continúe adelante?

—Todo lo que estamos haciendo es retirar a algunos agentes cuya seguridad es precaria. Pero quedan más agentes, Charles, y esperamos que ellos realicen la labor adecuada.

—Lo entiendo. ¿De modo que mi trabajo tan solo consiste en recoger a Jeff Carson?

—Eso es exactamente. ¿Por qué preguntas eso?

—Creí que podría hacer algo más importante...

—No en tus condiciones físicas actuales. Ya es bastante que te estemos utilizando para esa recogida.

—Le aseguro que mi herida está ya casi cerrada completamente, señor. Yo podría ocupar el puesto de...

—No Escucha, Charles. Estás en esta misión porque hablas francés, italiano, brasileño, español y, claro, inglés... El hombre que espere a Jeff Carson en Salvador, tiene que poder hacer frente a cualquier situación. Pero solo como apoyo de ayuda para Carson. Luego, dentro de una semana, o de dos, y suponiendo que tu herida está completamente cicatrizada, podrás entrar en acción directa.

—Está bien. ¿Es todo?

—Todo. Ah, no uses la radio de la lancha a menos que sea del todo necesario. Y recuerda que llevas el bote de caucho que, en caso de percance a la lancha, te permitirá permanecer en el mar. Luego, están las bengalas... Estaremos esperando por estas latitudes, de modo que cuando Jeff Carson y tú regreséis, solo tienes que lanzar una y esperar. ¿De acuerdo, Charles?

—Sí, señor.

Aarón Dunn tendió la mano al agente especial.

—No vuelvas sin Jeff Carson, Charles.

—Hecho —sonrió Kademan.

Fueron los dos hacia donde estaba la lancha, ya flotando junto al yate, tras despedirse Kademan con un gesto de los demás agentes. El que iba a realizar la misión descendió ágilmente a la lancha, cuya potencia de motores y velocidad se evidenciaban considerables.

Charles Kademan, ya en la lancha que llevaba el nombre de «Blue Sky», revisó los mandos rápidamente y asintió con la cabeza. Miró hacia arriba, haciendo el gesto de «O.K.» a quienes le estaban mirando. Luego, se dio un tironcito a la guayabera de dril color crema y tomó el volante. Llevaba zapatillas de lona, pantalones de sarga azul y una gorra en cuya visera se veía un águila dorada que tenía una serpiente en el pico.

—Charles...

Kademan alzó de nuevo la cabeza.

—Diga, señor.

—No olvides tampoco el plan de emergencia para el caso de que las cosas se te presentasen mal...

—Me hirieron en el pecho, señor, no en la cabeza —sonrió el «G-man»—. Hasta la vuelta.

La lancha llamada «Blue Sky» partió con potente zumbido de sus dos motores, hacia el Sur. El yate viró noventa grados hacia la izquierda y se dirigió luego, directamente, mar adentro.

En la borda, contemplando la paulatina pequeñez de la lancha que pilotaba Charles Kademan, uno de los agentes musitó:

—Quizá debimos enviar a otro hombre, señor. Kademan no está en perfectas condiciones físicas...

—Lo sé... Pero conozco a Charles y sé que su rendimiento será incluso superior al que esperamos en esta misión.

—Está herido —insistió el agente.

—Ya lo sé —refunfuñó Dunn—. Pero no tenemos otro agente disponible de las condiciones de Charles... Y él se ofreció voluntario. No quiero que nos maten a Jeff Carson, ni he querido tampoco decirle a Charles que dudo de su capacidad cuando esa herida está casi cicatrizada... Cuando no hay otra alternativa, se hace... lo que se puede.

—Sí, señor.

Ya como a un par de millas del yate llamado «Navigator», Charles Kademan detuvo la lancha, que quedó flotando en continuas oscilaciones debido a la mar un tanto picada. Pero Charles Kademan era por completo refractario al mareo de cualquier clase, de modo que, simplemente, abrió una bolsa de lona azul, sacó una bolsa de plástico con algunos emparedados y se dedicó a comer tranquilamente, con la gorra metida hasta los ojos y

sonriendo cada vez que la espuma del mar llegaba hasta él, sazizando su cena.

Acabada esta, tiró los restos al mar. Luego, revisó su pistola, de procedencia mejicana, asegurándose de que estaba lista para el uso. Se aseguró de que todo estaba en condiciones en la lancha, cogió una manta, se envolvió en ella y se tumbó en cubierta.

Tan solo medio minuto después, dormía profundamente.

* * *

Apenas había salido el sol cuando el «G-man» abrió los ojos. Se sentó en cubierta, bostezó y miró hacia donde suponía que debía estar la costa brasileña. No vio nada.

Dobló cuidadosamente la manta, sacó otros emparedados de la bolsa y masticando con fruición requirió la ayuda de la brújula del tablero de mandos.

Okay.

Solo tenía que desviarse quince grados al Oeste, dar toda la marcha y, en menos de una hora, si sus cálculos no fallaban, avistaría la costa brasileña.

Tardó casi media hora más de lo previsto en verla. Pero aquella no era la zona de la ciudad de Salvador, de modo que, tras un nuevo vistazo al mapa, puso rumbo al Norte, ya sin dejar de ver la costa...

Y hacia las nueve y media de la mañana, la lancha «Blue Sky» entraba en la Bahía de Todos los Santos, directa hacia el muelle de Salvador, la más importante ciudad de la provincia brasileña de Bahía.

A doce grados de latitud Sur, o sea, cerca del Ecuador y en febrero, es decir, pleno verano en el Hemisferio Sur, el calor resultaba poco menos que insoportable. El sol caía casi perpendicularmente ya a aquella hora, y los reflejos del agua se iban directos hacia el cielo azul, sin una sola nube.

Cerca de las diez, el agente especial del F.B.I. detenía su lancha en un mugriento embarcadero, la amarraba y, cazadora al hombro, saltaba a tierra firme. Cerca de él, algunos negros, mulatos y unos pocos hombres blancos le miraban con una curiosidad apática, que más parecía indiferencia. Parecían cobijarse en sus sombreros de paja de bordes deshinchados, y la mayoría iban descalzos. En una embarcación cercana, que parecía pesquera, se oía una samba tan trepidante que parecía imposible que los nativos la soportasen sin bailar. Todo eso, si era cierta aquella fama de los bahianos...

Kademan encendió un cigarrillo, mirando atentamente a su alrededor, pero con tal disimulo que nadie podía darse cuenta de su vigilancia. Estuvo unos minutos allá, junto al embarcadero, paseando, mirando otras

embarcaciones. Por último, regresó junto a la suya, se aseguró de que estaba bien amarrada, tiró el cigarrillo y se dirigió hacia las casas cercanas a aquella parte del puerto.

Apenas se había alejado treinta pasos cuando se volvió. Y una dura sonrisa apareció en sus labios al ver a uno de los hombres blancos recogiendo la colilla de su cigarrillo para examinarla a continuación.

Aparentando no haber observado tan extraña curiosidad, Kademan continuó hacia las casas. Entró en un bar cuya puerta era una simple cortina de abolorios de colores. Había un mostrador sucio, tres ventiladores, sillas y mesas y, sobre todo, un cierto olor agrio que casi le produjo la impresión de un golpe en la nariz.

En el mostrador había un tipo delgado, de grandes bigotes y ojos llameantes, que asintió desganadamente con la cabeza cuando Kademan le preguntó en portugués perfectísimo si tenía una habitación.

Aparentemente, lo más sensato habría sido no darse a conocer en ninguna parte, limitándose a dar unas vueltas por la ciudad hasta el momento de ir a recoger al agente Jeff Carson. Pero, precisamente, el intento de no darse a conocer habría producido las consecuencias contrarias. Para todos, él debía ser un tipo que llegaba allá, Dios sabría por qué motivos, y que, al pedir una habitación, daba a entender que por lo menos aquella noche pensaba pasarla allí.

Cosa que no era cierta, desde luego. Y ahí estaba el truco.

El tipo de los grandes bigotes señaló hacia la escalera de madera que llevaba al piso alto.

—Suba usted mismo. Hay dos habitaciones libres: tome la que quiera.

—Bien.

Kademan se echó al hombro su cazadora y su saco de mano dispuesto a emprender la corta ascensión...

—¿Cuántos días piensa estar aquí?

Se volvió.

—Dos. Quizá tres. Es posible que diez. Quizá un mes, o un año.

El bigotudo sonrió, divertido.

—Serán veinte mil cruzeiros por adelantado, entonces.

—Oh... Bien: ¿valen los dólares americanos?

—Si no son falsos, sí.

Kademan sacó un rollo de billetes, separó diez dólares y los entregó al bigotudo, que, tras un rápido cálculo mental, asintió con la cabeza, se guardó los dos billetes de cinco dólares y volvió a señalar la escalera.

Kademan subió sonriendo. Y cuando ya había desaparecido en el recodo del rellano, asomó rápidamente la cabeza. Casi enseguida, en el bar entró el tipo que en el muelle había recogido su colilla para examinarla, y se dirigió al mostrador. Le vio charlar aburridamente con el bigotudo y

luego mirar hacia arriba. Se escondió a toda prisa, sonrió una vez más y se dirigió hacia el fondo del pasillo adornado con plantas. Al fondo, una ventana con una persiana de cañas de bambú, amarillentas de polvo y de sol.

Empujó una puerta y entró. No había nadie allí, pero no le gustó la habitación, porque daba a un amplísimo patio interior que le dio mala espina. Fue a la otra y miró con relativo agrado la ventana que daba a la fachada del bar, lo cual comprobó tras alzar la persiana enrollable de cañas... Vio a su amigo recogedor de colillas salir del bar, subir a una bicicleta y desaparecer de nuevo hacia el embarcadero.

Todavía estaba mirando al tipo de la bicicleta cuando oyó la llamada a la puerta...

—Pase.

Se apartó de la ventana para recibir al visitante. Era el tipo de los bigotes, que miró a todos lados antes de mirarlo a él directamente.

—¿Cómo se llama usted? Es para anotarlo.

—Kademan... Charles Kademan.

—¿Americano?

—Norteamericano. «Yanqui», si resulta más claro. Mmm... Vengo de Miami, no sé dónde voy y me dedico a la pesca deportiva que es lo que más me gusta hacer cuando tengo dinero. Treinta y cuatro años. De Miami. Soltero. Como de todo, bebo de todo. Uno ochenta y dos de estatura, setenta y nueve kilos quinientos gramos de peso, ojos oscuros, cabellos castaños, mal carácter. ¿Algo más?

El del bigote se limitó a sonreír. Dio media vuelta y salió de la habitación.

Kademan miró el ventilador, buscó el interruptor y lo puso en marcha. Luego, se sentó en la cama y encendió un cigarrillo de los que tanto habían interesado al tipo de la bicicleta. Bueno, en algo era seguro que podía demostrar que decía la verdad: en lo de la pesca. Sabía echar muy bien el anzuelo.

Miró su reloj. Las diez y media. Hasta las ocho de la noche tenía tanto tiempo que podía dormir, comer, pasear, beber «Coca-Cola» o jugo de plátanos y hasta tomar el sol.

A las cinco de la tarde despertó de la siesta. Se sentó en la cama inmediatamente y notó el leve pinchazo de su herida todavía no cerrada del todo. Se la debía a aquel espía que se había resistido en las Bahamas, cuando le puso su placa en las narices...

Se lavó, se peinó, se miró al espejo que parecía arrugado, y decidió que había llegado el momento de beber aunque solo fuesen dos tragos de ron, para no escamar a nadie. Ron caliente, que, con un poco de suerte, podía resultar que, en efecto, quitaba la sed. Pero solo de pensar en el ron caliente

puso mala cara, y decidió que una cerveza fresca sería una solución más agradable.

Apenas apareció en lo alto de las escaleras, el tipo de la bicicleta se separó de una hermosa muchacha morena, de grandes ojos negros, y desapareció hacia la calle. Al parecer, no le perdían de vista. Sin duda, no les hacía demasiada gracia que fuese americano... «yanqui», y que llegase allá presumiendo de dólares.

Bajó al bar, se sentó ante una mesa apartada y encendió otro de los interesantes cigarrillos, mirando de reojo a la morenita. Era delgada, esbeltísima, pero de agudos senos y bien curvadas caderas. Llevaba una falda blanca, una blusa roja y un collar multicolor en el largo cuello bien dibujado. Sus piernas eran casi sorprendentes, por lo perfectas. Iba descalza y llevaba una cadena dorada en un tobillo y una pulsera de cuentas de madera, de varios colores, en la muñeca izquierda. Lo que se podía pensar de ella era demasiado fácil y, sin duda, exacto.

El de los bigotes se acercó a la mesa ocupada por Kademan.

—¿Quiere algo?

—Ron caliente... No. Mejor cerveza fría.

—Bueno.

Trajo la cerveza con relativa rapidez, casi sorprendiendo a Kademan, que estaba mirando a los demás parroquianos y a la morena, que remoloneaba cerca de él, pasando un dedito por el mostrador.

Cuando se acercó a él y quedó plantada delante de su mesa, sonriendo, Kademan no se extrañó en absoluto. Por algo debía haber recibido instrucciones del tipo de la bicicleta.

—¿Me convidas? —preguntó ella.

Charles Kademan se asombró de verdad al oír su acento de voz.

—¿Francesa? —inquirió.

—Solo de la Cayena —sonrió ella—. ¿Me convidas a ron?

—Siéntate. Pero me pregunto si prefieres hacerlo aquí o allí... por el momento.

Señaló con el pulgar hacia los reservados, cuya puerta, como casi todas las de aquel lugar, era una simple cortina de colores. Ella miró hacia allí, sonrió de nuevo, y musitó:

—Mejor allí... por el momento.

Charles se puso en pie, cogió su cerveza con una mano y el brazo de la morena con la otra, y fue al reservado tras hacer una seña al tipo de los bigotes.

Ya dentro del reservado, la muchacha se sentó, enseñando bastante más allá de sus rodillas, y se quedó mirando sus uñas, mientras Kademan, en su papel de tipo libre y aventurero, miraba las rodillas.

—¿Es cierto que eres «yanqui»? —preguntó ella.

—¿Es algo malo? —sonrió él.

—No... No lo creo. ¿Conoces a alguien aquí?

—¿En Brasil, o solo en Salvador?

—En los dos sitios.

—Te conozco a ti, por el momento. ¿Es bastante?

Ella le miró con picardía, y enseñó unos dientecitos blancos, magistralmente alineados.

—Eso lo... sabremos dentro de poco... si tú quieres.

Charles Kademan se limitó a sonreír convincentemente, mientras pensaba que, lamentablemente, no podía hacer otra cosa, si quería dar la sensación de que estaba allí porque sí, igual que podía estar en otro sitio. Un tipo sin preocupaciones ni planes determinados es aquel que cuando le sale una mujer al paso dice que «bueno».

—Bueno... ¿Cómo te llamas?

—Desirée... Desirée Tatin.

—Bonito nombre.

—¿Hablas francés? —inquirió ella.

—¿Importa eso?

—Tengo ganas de hablar en francés con alguien...

—Y yo tengo ganas de hablar en inglés... ¿Lo hablas tú?

—No.

—Mala suerte. Los dos tendremos que seguir hablando en portugués... o en carioca, que es parecido.

—¿Quieres que subamos ya? ¿Para qué perder el tiempo aquí?

—Es una buena idea —sonrió Kademan—. Subamos.

El tipo de los bigotes apareció en el reservado, y Kademan le hizo gestos hacia arriba con el pulgar. El otro se encogió de hombros, y se fue tras ellos hacia la habitación del «G-man».

II

EL tipo de los bigotes se fue, dejando la botella de ron y dos vasos en la mesita de noche.

—Hace calor —dijo Desirée—. ¿Verdad?

—Verdad —asintió Charles, que estaba ya tramando quitársela de encima a toda prisa—. Pondré en marcha el ventilador.

Dio la vuelta al interruptor, por lo menos eso debió parecerle a la francesa de la Cayena.

—No funciona... Veré si hay algo mal...

Ella le miraba sonriendo profesionalmente, pero era cosa que no alteraba lo más mínimo al «G-man», que salió de la habitación siempre mirando los hilos eléctricos. Dejó ajustada la puerta... y enseguida se desplazó, en silencio y velozmente hacia la punta del pasillo desde donde se veía el bar.

Okay. Allí estaba el tipo de la bicicleta, conversando con el de los bigotes, el cual asentía. Kademan se apartó con el tiempo justo para no ser visto cuando ambos miraron hacia arriba. Buscó de nuevo el hilo eléctrico que derivaba hacia su dormitorio, lo rascó con la uña del pulgar, y luego lo apretó.

Entró en la habitación diciendo:

—Parece que había un hilo que no estaba bien...

Fue de nuevo al interruptor, le dio la vuelta, esta vez de verdad, y el ventilador empezó a girar. Pero Desirée Tatin ya se las había arreglado por su cuenta para estar más fresquita, quitándose la blusa.

Señaló la mesita de noche.

—¿Quieres ron?

—Bueno... Pero lo refrescaremos un poco.

Cogió el vasito de ron y lo vertió en el de cerveza. Desirée estaba bebiendo del suyo, mirándole siempre fijamente, con una extraña promesa en los ojos. Kademan bebió un largo trago, y, enseguida, supo que las cosas iban a cambiar, que los acontecimientos, siquiera fuese por corto tiempo, iban a estar muy lejos de su control: Desirée había echado algo en el ron.

Pero, conteniendo su ira, Charles Kademan sonrió también, dejó el vaso, se acercó a la muchacha y le rodeó la cintura con ambos brazos.

—Soy un hombre de suerte, Desirée —aseguró, en un susurro—. Apenas llego, y ya tengo una linda compañía que... que...

Se llevó una mano a la frente. Luego, soltó a la muchacha y dio un paso atrás. Por un momento tuvo la esperanza de que aquello pasase pronto, a fin

de poder acudir luego a recoger a Jeff Carson. No importaba que le registrasen, todo estaba perfectamente previsto. Lo único que importaba era despertar, o poder actuar, de un modo u otro, antes de las doce de la noche...

Desirée lo miraba en silencio, siempre con su sugestiva sonrisa en los bonitos labios.

—¿Qué... qué...? Me siento... me siento mal...

—No es nada —dijo ella—. Debe ser el calor, que te ha mareado un poco... Ven, amor, descansa un poco...

Le ayudó a llegar a la cama. Charles Kademan hubiese querido entonces reaccionar, pero ya era demasiado tarde. Todo giraba a su alrededor a velocidad de auténtico vértigo. El ventilador le enviaba un extraño aire mitad caliente mitad fresco, que parecía abofetearle. El rostro de Desirée Tatin se iba esfumando, agrandando, desdibujando...

Lo último que pensó Charles Kademan, lo último que deseó con todas sus fuerzas, fue que el juego en el que se había dejado engañar no durase más allá de las doce de la noche, porque a esa hora, lo más tarde, tenía que recoger en la desembocadura del Paraguaçu a un compañero del F.B.I. llamado Jeff Carson...

* * *

Jeff Carson corría a toda la marcha que le permitían sus agotados pulmones, incapaces ya de filtrar convenientemente el aire. Notaba cada vez más angustiosamente aquella punzada en el costado, y, a intervalos cada vez más frecuentes, perdía por completo el resuello, el suelo giraba bajo sus pies y el rumor del cercano río Paraguaçu parecía brotar de su propia cabeza.

Detrás de él oía las pisadas de sus perseguidores. Todos ellos iban bien armados, algunos con pistolas automáticas, otros con revólver y algunos con rifles de gran precisión. Eran los suficientes para encontrar apoyo unos en otros, y, además, mientras él llevaba tres días huyendo a pie, ellos le habían estado buscando utilizando dos «jeeps», que abandonaban y volvían a utilizar según el terreno por dónde él les obligaba a pasar.

Cuando tres días atrás envió el mensaje radiado para que lo recogiesen, debió haber adelantado una fecha esa recogida. De este modo, no se habría visto obligado a perder un día por la selva. Durante ese día de más, había conseguido mantener despistados lo suficiente a sus perseguidores, pero ahora ya no podía más.

Afortunadamente, un compañero suyo, otro agente del F.B.I., le estaba esperando a poca distancia de allí, en una lancha que lo pondría inmediatamente a salvo de todo. Había hecho su labor, la que había podido,

y era llegado el momento del descanso, del relevo... Además, un agente descubierto solo puede hacer dos cosas, retirarse o morir.

Casi sin aliento, Jeff Carson sonrió, imaginando la cara que pondrían sus perseguidores cuando, al llegar a cierto punto junto a la desembocadura del río, en lugar de encontrar a un hombre extenuado, viesan alejarse una velocísima lancha motora...

Luego, podían pensar lo que quisieran.

Dejó de oír las voces y las pisadas cercanas a él, y se detuvo unos segundos. Tenía que tomarse las cosas con calma ya. Nada de correr, haciendo un ruido espantoso. No, no... Había llegado el momento de deslizarse silenciosamente hacia el punto que él había indicado con toda precisión para que le recogiesen. A su alrededor, la noche se llenaba de ruidos misteriosos que le tenían sin cuidado mientras no fuesen el de pies tras los suyos.

El río se iba ensanchando más y más, y se oía con menos fuerza el agua deslizándose, se veía más mansa, más quieta... El mar, el punto de salvación, debía estar cerca... ¿Qué hora debía ser? ¿Las ocho? ¿Las ocho y media? No más desde luego. Y el compañero encargado de recogerlo debía estar allá a las ocho... ¿Y si le hacía esperar hasta las doce, hora límite?

De pronto, Jeff Carson se encontró casi en la playa, en la suave curva que la tierra y la arena formaban en la desembocadura. Sabía muy bien dónde tenía que dirigirse y lo hizo arrastrándose por la arena, sin dar importancia a alguna que otra ola que pasaba por encima suyo...

Quince minutos más tarde, se dejaba caer entre un grupo de apretadas palmeras. Más hacia dentro debía haber piñas, porque su aroma llegaba con fuerza hasta allí...

Se acercó a las rocas, arrastrándose. Un grupo de rocas altas en una playa lisa y fina. Inconfundible, aunque fuese tan solo a la luz de la luna... Pasó por entre las rocas y apareció en la pequeñísima bahía casi gritando de júbilo. Subiría a la lancha y...

No estaba.

La lancha no estaba.

¡La lancha no estaba!

Se quedó atónito, temblorosas sus piernas por el gran esfuerzo realizado, desorbitados los ojos, abierta la boca en gesto estupefacto. Se acercó más al agua mirando mar adentro y a los lados.

No estaba la lancha.

Se pasó la lengua por los agrietados labios. Llevaba tres días sin comer, y apenas había dormido, en períodos de diez minutos unas cuatro horas de aquellas setenta y dos.

Se llevó un dedo a la boca y lanzó unos silbidos agudos finos,

componiendo rayas y puntos de morse, formando tres letras: F.B.I.

¡Oh! De un momento a otro le contestarían, oiría el zumbido de los motores de una lancha, la vería aparecer en la playa, y un compañero fresco, fuerte, cariñoso, le subiría a bordo de un tirón con una mano, empuñando la pistola en la otra, dispuesto a matar implacablemente a quién apareciese persiguiéndole...

Volvió a lanzar el silbido en morse, pero tampoco obtuvo respuesta. No Había lancha, no había nadie, no había nada...

Se metió en el agua hasta las rodillas. Nadaría mar adentro y esperaría allí a su compañero. Quizá causas imprevistas le estuviesen retrasando... Y, de pronto, se dio cuenta de que no podría nadar. No tenía fuerzas para ello. En cuanto se dejase caer en el agua se hundiría... Tardaría cinco, diez minutos... una hora. Pero se hundiría, se desvanecería de hambre, de cansancio, de frío, de sueño...

—¡F.B.I.! —gritó, creyendo que su voz sonaba normalmente potente—. ¡F.B.I., F.B.I...!

Las olas golpearon sus rodillas, empujándole. Y estaba tan débil que cayó hacia atrás. Quedó sentado cerca de la orilla, y otra ola lo derribó fácilmente, lo revolcó casi como una caricia... Tuvo que reunir todas sus escasas fuerzas para llegar a la arena seca, arrastrándose, sin aliento ni siquiera para gemir.

No demasiado lejos, vio una luz de linterna. Luego, llegó una voz de hombre hasta él, hasta las rocas... ¡Ya estaban allí! Las voces sonaban secas, furiosas... Sabían que si no lo atrapaban entonces, nunca lo conseguirían.

Miró hacia el mar, pero nadie venía a ayudarle, nadie estaba en una potente lancha, pistola en mano, diciendo: «Arriba, compañero. Ya no más angustia. Yo lo arreglo todo...».

Se arrastró hacia las rocas y consiguió meterse entre dos de ellas que dejaban un hueco. Se quedó allá, inmóvil, absorto, con la mirada fija en el mar. Se sentía, ante todo, estupefacto. Él había hecho lo que había podido, había arriesgado su vida por su misión, por el F.B.I., había conseguido enviar el mensaje con la radio de los otros, pidiendo que le recogiesen en tal punto...

¿Se había equivocado él de lugar?

No... no, no... Estaba seguro de que era aquel, y que...

La voz sonó tan cerca que lo sobresaltó. Dio un respingo, y luego se mordió los labios. Sus manos se movieron junto a él, hasta encontrar un pedrusco.

Pero sus dedos ni siquiera tenían fuerza para, abarcándolo todo, alzarlo, sujetarlo... En condiciones normales, aquel pedrusco podía haberlo lanzado a no menos de treinta yardas...

Las luces de dos linternas se cruzaron ante él, recorriendo la pequeñísima bahía. La arena crujía bajo los pies de los hombres que las manejaban.

—¡Aquí! —gritó uno—. ¡Hay huellas por aquí, entre estas rocas...!

Y las dos luces se movieron, buscándole. Oyó la llegada de más hombres, los jadeos, las palabras rudas, en italiano, en español, en portugués, en una mezcla confusa, inquietante, descorazonadora...

Las luces se dirigían a todos lados menos al que ocupaba él, entre las dos rocas. Quizá no le viesen. Quizá no lograsen encontrarlo... Pero era imposible: sus huellas estaban allí, en la arena, y antes de que aquellos hombres se convencieran de que había entrado en el mar lo buscarían bien, conseguirían...

Una de las luces le dio en los ojos de pronto, cegándolo completamente.

—¡Aquí está!

Quiso saltar de entre las rocas, alzando la mano que tenía sobre el pedrusco. Quiso pelear, quiso matar, quiso sobrevivir de un modo u otro, como fuese...

Pero media docena de balas lo clavaron contra las rocas, parecieron encajarlo allí, como machacado, como incrustado, como atornillado fieramente. Notó los golpecitos en el pecho, en el estómago, en los hombros, en una pierna... Simples golpecitos.

Nada.

Aquello no era nada.

Más pronto o más tarde todo habría resultado una pesadilla, y un hombre, un agente del F.B.I., un compañero suyo, llegaría allá en una potente lancha, pistola en mano, le ayudaría a subir a bordo, disparando contra todos, matando a quién fuese, salvando al compañero...

Aquellos golpecitos no eran nada.

Nada.

Y un instante antes de morir, Jeff Carson creyó oír aquella voz amiga: Arriba, muchacho. Despierta, que vengo a por ti. Voy a llevarte a casa».

Sí.

Entonces, su pesadilla, la larga pesadilla de tres noches y tres días, habría terminado para Jeff Carson, porque el F.B.I., «su» F.B.I., por medio de un compañero, lo devolvería a casa.

Una simple pesadilla.

* * *

Despertó casi violentamente, como de una pesadilla. Se sentó en la cama de golpe y se quedó mirando delante de él, con los ojos muy abiertos, sobresaltado. Al instante recordó lo que tenía que hacer, y su brazo

izquierdo comenzó a alzarse para mirar la hora...

Los vio y los oyó al mismo tiempo:

—No pasa nada malo, yanqui... Tranquilo.

Se llevó la mano al lugar donde guardaba la pistola, pero no la tenía. Miró al hombre que había hablado en inglés, con un inconfundible acento italiano.

—La tenemos nosotros —sonrió el italiano—. Es una precaución que cualquiera tiene que comprender.

Charles se pasó la lengua por los labios, que notaba secos y amargos. La boca le producía la impresión de tenerla llena de algodón caliente. Alzó su brazo y miró la hora. Y no un solo músculo de su rostro se alteró cuando vio las manecillas marcando las nueve y media. Solo su corazón y su estómago, a la vez, dieron un gran vuelco, que le produjo una profunda angustia... ¡Las nueve y media!

—¿Tiene algo que hacer a determinada hora? —preguntó el italiano, sonriendo.

Kademan lo miró ceñudamente. Luego, miró al otro, un tipo bajito, moreno, de dientes blanquísimos, vestido un tanto zarrapastrosamente, con unos viejos pantalones blancos y una blusa anudada en sus extremos delanteros por delante del estómago. Aquel era el que tenía una pistola en la mano y le estaba apuntando.

Un poco más allá, en uno de los sillones de junco, estaba la francesa de la Cayena, Desirée Tatin, también sonriendo. Los tres debían considerar muy divertida aquella situación.

Arriba, en el techo, el ventilador continuaba girando.

—¿Qué demonios quieren? —gruñó Charles—. ¿Quiénes son?

De pronto, recogió su cazadora, metió la mano en un bolsillo interior y sacó el rollo de dólares. Cuando miró al italiano, este continuaba sonriendo.

—No le hemos robado nada. Solo la pistola.

Charles dirigió una hosca mirada a Desirée.

—Puerca indecente... ¿Qué pusiste en mi vaso?

—Una cosa inofensiva, Charlie —dijo ella—. Y luego te hemos ido dando pequeñas dosis que te han hecho dormir unas cuantas horas... Pero, como ves, nada te ha ocurrido.

—Qué bien —puso los pies en el suelo, quedando sentado en el borde de la cama—. ¿Puedo saber a qué viene todo esto? ¿Qué mosca les pica a ustedes? Si no quieren mi dinero...

—Quizá más adelante lo tomemos... prestado —dijo el italiano—. Pero de momento nos interesan más otras cosas. ¿Cómo se llama?

Kademan alzó las cejas y los miró a los tres como si fuesen tontos de arriba abajo.

—Charles Kademan... ¿No se lo dijo ella?

—Charles Kademan es un nombre muy bonito... pero falso.

—Mire, amigo, si tiene ganas de bromas, yo no. Lárguense y déjenme en paz.

—La documentación a nombre de Charles Kademan es una buena falsificación —dijo secamente el italiano—. Pero no perfecta. ¿De dónde viene?

—De por ahí... Salí de Miami hace unos meses, dispuesto a pescar y a divertirme por esos mundos, aprovechando una buena racha... ¿Les molesta eso?

—No, no... La lancha también lleva matrícula de Miami, y nombre inglés... pero es tan falsa como la documentación.

—Supongamos que es cierto —gruñó Kademan—: ¿Qué demonios les importa a ustedes? ¿Son de la Policía, acaso?

Se echaron a reír los tres, muy divertidos.

—De una policía muy especial, amigo Kademan. Ocurre que en cuanto vemos por aquí... o por otros lugares, a un tipo de su... apariencia aventurera, de buena inteligencia, según parece, nos preguntamos quién es y a qué viene.

—Vengo a pescar, a divertirme... Acabemos el cuento, «macarroni»: devuélveme mi pist...

El italiano había fruncido el ceño al oírse llamar «macarroni», cosa que por lo visto no le gustó, ya que dio un paso más hacia Charles Kademan y lanzó su puño derecho directo a la nariz del «G-man».

Entonces, Kademan dio la sorpresa. Se apartó, agarró la muñeca del italiano, se la retorció a la espalda y lo hundió de cara en la cama, alzando la mano izquierda para golpearle en el cuello... Todo con una velocidad y seguridad de auténtica sorpresa.

Pero él también se llevó otra sorpresa. Relativa, puesto que, en realidad, el golpe era de esperar. Se lo dio el otro en la cabeza, con la pistola, y lo tiró encima del italiano. Luego, quiso repetir el golpe, y recibió una doble patada en las rodillas que lo tiró hacia atrás, lanzando un grito de sobresalto, de aviso hacia el otro.

El italiano, libre de la férrea presión de la mano de Charles, se había incorporado, y ahora sí consiguió golpear al «G-man» en pleno estómago, duramente. El golpe resonó fuertemente sobre los tensados músculos abdominales de Kademan, que devolvió el golpe en forma de fantástica bofetada de revés que tiró al italiano al otro lado de la cama...

¡Clock!

Esta vez el otro tipo golpeó más fuerte, y Kademan cayó de rodillas, quedando con la cabeza apoyada en el borde de la cama. El que le había golpeado quiso volver a hacerlo, pero el italiano, de rodillas al otro lado de la cama, se lo impidió.

—¡Quieto, Raúl! ¡No le pegues más!

Sacó también su pistola, pasó por encima de la cama y apoyó el cañón en la sien de Kademan.

—Bueno, amigo Kademan, eso ha estado muy bien... Pero ahora se va a estar quietecito... ¿Lo ha entendido?

Charles asintió débilmente con la cabeza. Empezó a ponerse en pie, tarea en la que le ayudaron los dos hombres... para, inmediatamente, sentarlo en uno de los silloncitos de un golpe de pistola en el estómago.

Luego, la pistola del italiano quedó de nuevo apoyada en su sien.

—Y ahora, hablemos en serio, Kademan. En primer lugar, no se llama así; en segundo lugar, no es yanqui; en tercer lugar, no viene de Miami.

—Usted... está... chiflado...

El italiano sonrió.

—¿Sí? Bueno, veamos varios puntos, amigo Kademan. Uno: el nombre de su lancha, «Blue Sky», está tapando no demasiado bien otro nombre, que se ve debajo, digo. Ese nombre es «Tequila». En segundo lugar, todo en usted, excepto el dinero, es de procedencia mejicana. Y por último, su aspecto me convence más como mejicano que como yanqui... ¿Ta güeno?

Kademan miró la pistola y luego los negros ojos brillantes del italiano.

—Ta güeno —dijo en español.

—Muy bien... ¿Cuál es su nombre, ahora?

—Luis Lugones.

—Mejicano, ¿no?

Kademan asintió con la cabeza.

—¿A qué se dedica?

—Mire, no creo que mis activ...

—¿A qué se dedica? —apretó más la pistola el italiano.

—A... a nada en especial...

—¿A nada en especial? —sonrió de nuevo el italiano—. Creo que tendremos que volver a pegarle, Lugones. Su pistola es mejicana pero, además, lleva dos rifles también mejicanos... Dos. No uno. ¿Por qué esa abundancia de armas?

—No estás haciendo bien las cosas, Carlo —musitó Desirée—. Si le hablastes más claro, si le dijese que no está entre ninguna clase de Policía de ningún país, es posible que Luis Lugones fuese más comunicativo.

—Es cierto... —musitó Carlo—. Mire, Lugones, nosotros tenemos también nuestras propias actividades. Solo se trata de saber qué busca usted por estos lugares.

Kademan miró a la muchacha.

—Busco tranquilidad.

—¿Está huyendo?

—Mmm... Más o menos, así es.

—¿De quién? No sea estúpido. Puede que lleguemos a entendernos. De lo contrario...

Volvió a apretar con la pistola, y Kademan de nuevo se pasó la lengua por los labios.

—Vengo huyendo de unos tipos a los que no les gustaba que yo llevase armas desde Méjico a Santo Domingo.

Los tres cambiaron una rapidísima mirada. Y Carlo fue quien continuó, interesado:

—¿Un contrabandista de armas?

—Bueno... Más o menos...

—Entiendo... Entiendo, Lugones. ¿Se quedó sin alijo?

—Lo entregué. Pero tuve que salir volando de allí.

—El dinero que tiene... ¿es el producto de la venta de esas armas?

—Es mi paga por entregarlas.

—Ya... ¿Trabaja para alguien? ¿Para quién?

Kademan lo miró como si estuviese loco.

—¿Cree que se lo voy a decir?

—Ni nos importa —dijo Desirée, acercándose—. Se supone que no puedes volver a Méjico, ¿no es así, Luis?

—De momento, prefiero no volver.

Ella se sentó en el brazo de mimbre, junto a Kademan, dejándole ver las piernas. Le acarició cariñosamente el lugar donde había sido golpeado con la pistola.

—Podríamos llegar a un acuerdo, Luis. Nosotros necesitamos hombres como tú... Cuando vemos que uno llega, lo vigilamos, nos enteramos de sus posibilidades. Si no nos conviene, lo... anulamos. Si nos conviene, le ofrecemos trabajo bien pagado.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Tus dólares no durarán eternamente —sonrió Desirée.

Kademan los fue mirando uno a uno, lentamente, como queriendo adivinar hasta qué punto le decían la verdad o le convenía a él aceptar aquel trato.

—¿Qué clase de trabajo?

—Llevar una pistola y obedecer órdenes —dijo Carlo—. Digamos que también hacemos una especie de... viajes tierra adentro. Suelen ser un poco molestos, pero pagan bien. Hay por aquí, por los muelles, un montón de desgraciados que podríamos contratar, Lugones. Pero no queremos desgraciados: queremos hombres que sepan jugársela cuando llega el momento, que tengan pistola y que sepan pegar como tú lo haces. ¿Qué dices?

—¿Cuánto me pagarían?

—Depende de tus méritos. Si nos sales listo, puedes embolsar hasta mil

dólares, por trabajar cuatro o cinco días de cada treinta. Lo normal son quinientos o seiscientos... Depende de ti.

—¿Y si no acepto ese trabajo...?

—Pues como ya hemos hablado demasiado, Lugones, creo que tendríamos que hacerte... olvidar lo que hemos dicho.

—Comprendo... De acuerdo. Acepto.

Carlo Devero asintió con la cabeza, aprobando tan sensata decisión. Le tiró su pistola a las manos y Lugones se la guardó.

—¿Qué es lo primero que tengo que hacer?

—Lo primero de todo —rio Carlo—, será ponerle las balas a tu pistola.

Se las tendió en la palma de la mano. Desirée y Raúl también rieron. Pero el que rio más, solo que interiormente, fue Charles Kademan, que, desde el primer momento en que tocó su pistola había sabido que estaba descargada. No obstante, los miró un poco irritado.

—¿Qué creían? ¿Qué me iba a liar a tiros con ustedes apenas tuviese la pistola?

—Solo queríamos probar tu buena fe, hombre.

—Mi fe es mala, Carlo —gruñó Kademan, recargando la pistola, sin mirarla—. Pero mi cabeza es buena. Como Desirée ha dicho, los dólares se terminarán un día u otro. Por tanto, tengo que ganar más. Y si solo se trata de trabajar unos pocos días al mes, eso es lo mío.

—Estupendo —rio Carlo—. Eso es pensar con los sesos.

—¿Tengo que hacer algo ahora, o puedo irme a pasear?

—¿A pasear? —deslizó mimosamente Desirée—. ¿Acaso no prefieres quedarte conmigo, Luisito?

—No me gusta el ron que sirves.

Se echaron a reír los tres, y Kademan los imitó enseguida, dando una palmada en las rodillas de la muchacha.

—A partir de ahora no habrá bromas de esas para ti, prometido. ¿Sabes que me gustas mucho, Luisito?

—Les pasa a todas. ¿Hay inconveniente en que yo dé ese paseo?

—Ninguno... —musitó Desirée—. Yo iré contigo. Podríamos ir a tu lancha.

—Es una buena idea... ¿Alguien se opone? —sonrió Kademan.

No hubo oposición, pero cuando los dos se dirigían ya hacia la puerta, sonó una llamada en esta. Carlo hizo una rápida seña a Kademan, que fue a abrir, tranquilo.

Se encontró delante a un tipo que jamás había visto, acompañado del de la bicicleta. Este pareció comprender enseguida que las cosas iban por buen camino, porque entró empujando por delante al otro y mirando hacia el italiano.

—Aquí tenemos a Stan, Carlo. Trae noticias muy interesantes respecto

a un agente del F.B.I. que los estuvo espiando algunos días.

III

CARLO. Raúl y Stan se dieron la mano, y luego el último se quedó mirando a Kademan fijamente.

—Se llama Luis Lugones —dijo Carlo—, pero ha llegado aquí con el nombre de Charles Kademan, y diciendo que era yanqui. Hemos conversado, y Luis va a trabajar con nosotros.

—¿Por qué? —gruñó Stan.

—Porque necesitamos tipos como él para ir selva adentro a... a hacer el trabajo. Es un buen elemento: pega bien, ha estado pasando armas a los rebeldes de Santo Domingo, tiene pistola y dinero, y sabe lo que tiene que hacer siempre... ¿Cómo has llegado aquí, Stan?

—Fui al muelle, pero allá me dijeron que estaba pasando algo en la taberna de Joao y me vine para aquí. Encontré a Paulo abajo —señaló al tipo de la bicicleta—, y me ha traído.

—Bien... ¿Qué pasó con ese agente del F.B.I.?

—Lo tenemos. Está en el otro lado de la bahía, en la playa. Yo he venido con una lancha de las que tenemos al otro lado del río, a ver cómo están las cosas por aquí.

—Pues ya lo ves... ¿Lo tenéis vivo o muerto?

—Acribillado.

Carlo sonrió.

—Lástima... Quizá podría habernos dicho muchas cosas. Sería...

Charles Kademan no pudo oír más. Quedó sordo a todo, como insensibilizado. Permaneció por completo inalterable, pero una amargura espesa como si fuese algo tangible que estaba tragando, fue creciendo en él hasta el punto de que, por un momento, creyó que iba a gritar. Sabía que estaba un poco pálido, pero eso era todo, y no iban a darse cuenta.

Bien... Una cosa simple, una cosa sencilla... y había fracasado. Jeff Carson había muerto, acribillado. Una misión sencilla y sin complicaciones y no había sabido cumplirla. ¿Era suya la culpa, realmente? La conclusión definitiva a que llegó fue que sí. Ciertamente tenía que aceptar a Desirée cuando esta se ofreció como una aventura. Lo contrario habría resultado demasiado llamativo. Además, tenía tiempo...

Pero debió ir con más cuidado, debió vigilar más. Debía recordar en todo momento que la vida de un compañero del F.B.I. dependía exclusivamente de él...

¿Quién había asesinado a Jeff Carson? Aquellos hombres... ¿o él mismo, Charles Kademan?

La respuesta a esta última pregunta, dada por él mismo, lo dejó anonadado.

—¿Todavía te duran los efectos de la droga?

Alzó vivamente la cabeza y se encontró con los grandes ojos de Desirée Tatin fijos en él.

—Sí... Creo que me siento un poco mareado...

—¿Vamos a dar ese paseo en lancha? Te despejará.

—Bien...

—Esperad un momento —dijo Carlo; y se volvió de nuevo hacia el llamado Stan—. ¿Por qué no os habéis deshecho de él?

—Me pareció que debías verlo. Quizá ese tipo estuvo antes por aquí, con alguien, y podáis recordarlo... Si lo visteis con alguien, sabremos que hay otros como él por aquí.

—Es una buena idea, Stan... De acuerdo, iré a echarle un vistazo. Si lo vimos con alguien, buscaremos a ese alguien y... —miró de nuevo a Kademan—. Vas a llevarnos allá en tu lancha, Lugones. El paseo con Desirée lo haréis más tarde —sonrió maliciosamente—. Aunque para entonces ya te habrás despejado y, seguramente, preferirás quedarte con ella aquí, que dar paseos... ¿No?

—Seguro —sonrió Kademan—. ¿Adónde tenemos que ir?

—Al otro lado de la bahía. Iremos los cuatro. Tú, Paulo, regresa al muelle, y vigila bien. Puede que alguien esté rondando por aquí, esperando a ese agente del F.B.I... Vamos a tu lancha, Lugones.

* * *

No cabía duda.

Cabellos rubios, alto, desgarbado, y una cicatriz en forma de U en el pómulo izquierdo. Jeff Carson.

Allí lo tenía, acribillado a balazos, lleno de sangre ya seca, crispado el rostro barbudo y delgado, sus ropas hechas jirones por la huida a través de la selva, hundidos los ojos... Y una mueca de desesperanza en su delgada boca. De desesperanza y de incredulidad... Sin duda, había muerto pensando en que el compañero prometido para recogerlo no había cumplido su parte.

Y él, Charles Kademan, era el compañero de aquel hombre que se había jugado y perdido la vida en una misión para el F.B.I. El compañero que había fallado a Jeff Carson.

—No le conozco, desde luego. ¿Y tú, Raúl?

—No le vi nunca por el muelle.

—Bueno... El caso es que él está muerto. Un tipo listo, ¿eh? Se mete en nuestro grupo, usa nuestra radio...

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Stan.

—Llévalo al mar y tiradlo, bien lastrado. Este va a ser tu primer trabajo, Lugones.

—Un trabajo descansado —sonrió Kademan—. De acuerdo, lo llevaré al mar y lo tiraré allá.

—Stan irá contigo. Lleva el cadáver a la lancha.

—Bien.

Kademan cargó con el cadáver de su compañero y lo llevó a la lancha, mientras en la arena quedaban los otros tres. Stan musitó:

—No me gusta del todo ese hombre, Carlo.

—Tranquilo, Stan. Puede que sea un buen elemento. Pero no creas que vivo hecho un tonto. Veremos cómo se porta. No le pierdas de vista. Quizá sea también del F.B.I., en cuyo caso está mejor cerca de nosotros que moviéndose con libertad de un lado a otro.

Stan Patrick sonrió astutamente.

—Ya me parecía que no podías ser tan tonto...

—De tonto, nada —sonrió Carlo—. Vigilaremos bien a ese Lugones y, si nos sale un buen elemento, mejor. Si vemos algo raro en él...

Se pasó el dedo índice por la garganta y sonrieron los tres.

—Iré con él... ¿No venís vosotros?

—No. Iremos a ver a los otros, a ver qué cuentan de la expedición. ¿Dices que están al otro lado del río?

—Sí... En el punto cero.

—Iremos en la lancha de Lugones hasta la playa, lejos del punto cero. Luego, vosotros dos os vais bien al centro de la bahía y tiráis ese cadáver.

—De acuerdo.

En la lancha, Charles Kademan vio a los tres hombres meterse en el agua para llegar hasta la lancha. Dejó de acariciar la frente de Jeff Carson y de pedirle mentalmente perdón. Notaba una extraña quemazón en los ojos viendo aquel rostro crispado, y se dijo que habría resultado tragicómico que Raúl, Stan y Carlo le hubiesen encontrado con lágrimas en los ojos...

—¿Listo, Lugones?

—Cuando queráis.

—Cruza la desembocadura. Tienes que dejarnos a Raúl y a mí al otro lado, en la playa.

—Bien.

Los dejó en el punto que le indicaron, un cuarto de hora más tarde. Luego, dirigió la lancha hacia dentro, notando fija en él a la luz de la luna, la mirada de Stan, que se mostró muy afable:

—¿Cómo quedaron las cosas por Miami, Lugones?

—Ese cuento ya no lo explico —sonrió Kademan—, desde que llegué a un acuerdo con Carlo.

—Oh, es cierto... No vienes de Miami, sino de entregar una partida de armas en Santo Domingo. Trabajo peligroso, ¿eh?

—El trabajo es o no es peligroso según lo que paguen por él.

—¡Buena respuesta! —rió Stan—. Si piensas así, estarás bien con nosotros... Pero supongo que ya sabías algo de nosotros...

—¿De quién? —se extrañó Kademan.

—De nosotros, de nuestro trabajo.

—Carlo no me ha dicho todavía nada sobre eso. Solo que tendré que hacer algo unos pocos días al mes. Quinientos dólares por hacer eso, lo que sea, durante tan pocos días, me parece bien... de momento.

—¿Eres ambicioso?

—¿Tú no?

Stan volvió a reír.

—Me caes bien... —dijo—. ¿Aceptas luego unos tragos en mi habitación? Me gusta charlar con tipos inteligentes.

—No podré ir.

—Oh, vamos, hombre... Es cerca del muelle. Podremos charlar, beber un poco...

—Desirée me está esperando. Y, sin querer molestarte, prefiero beber esos tragos con ella que contigo.

Stan Patrick volvió a reír, muy divertido... pero siempre fija su escrutadora mirada en el hombre que él conocía como Luis Lugones. Era listo, seguro. Tan listo, que Desirée tendría que hacer un trabajo muy fino para sacarle algo importante...

Llegaron al centro de la bahía y Kademan detuvo la lancha. Sacó un gran trozo de lona y envolvió el cadáver de Jeff Carson. Luego, lo amarró sólidamente con una cuerda, dejando un «paquete» perfecto.

—¿No lo estás tratando demasiado bien? —rió Stan.

—Estoy haciendo un trabajo como debe hacerse —gruñó Kademan—. Si crees que tú puedes hacerlo mejor, hazlo. Me gusta estar con las manos en los bolsillos.

Stan volvió a soltar otra de sus irritantes risitas.

—Acaba, acaba... Yo ya hice mi parte metiéndole unas cuantas balas en la barriga... El pobre imbécil estaba metido entre dos rocas, acurrucado, con una piedra en la mano por toda defensa... Llevábamos tres días detrás de él, por toda la selva...

Le perseguíamos en «jeep», pero era demasiado listo; se metía por caminos que ni siquiera un «jeep» podía seguir... Estoy seguro que en estos tres días no ha dormido ni comido. Era resistente, desde luego... un tipo de agallas. Pero cuando lo cazamos con las luces de la linterna entre las dos rocas... ¡puf!... no tuvo tiempo ni de asustarse... ¿No crees que es de idiotas meterse en una organización como la nuestra a husmear? ¿No

crees que ese tipo era idiota, Lugones?

—Un perfecto idiota —sonrió Kademan—. Pero todos los idiotas tienen siempre lo que se merecen.

De nuevo rio Stan, mientras Kademan notaba como un cuchillo que se estuviese clavando lentamente en su estómago, y difícilmente podía contener el temblor de sus manos.

Lastró el cadáver envuelto en la lona, lo alzó sobre la borda y, vuelto de espaldas a Stan, se mordió los labios. Después de ser el principal causante del asesinato de Jeff Carson, tenía que tirarlo al mar... Pero volvería a por él. Volvería a por él... después de haber acabado el trabajo de Jeff Carson. Había muerto, pero su trabajo iba a ser terminado.

Empujó el «paquete» y se volvió hacia Stan, sonriendo y dándose palmaditas mano contra mano.

—Listo el asunto —dijo alegremente—. Y ahora, si no te importa, iré a reunirme con Desirée.

—Eres un granuja —volvió a reír Stan.

—¿Dónde quieres que te deje?

—Donde tenías la lancha. De allá a mí habitación hay dos pasos, y quedarás cerca de esa francesita ardiente.

Rieron los dos, y Kademan puso la lancha en marcha.

Quando llegaron al muelle, Paulo, el tipo de la bicicleta, estaba paseando por allí, a pie. Stan se detuvo a charlar algo con él, y Kademan se despidió de los dos, tras guiñarles un ojo.

—No lo pierdas de vista, Paulo —dijo Stan—. Parece un tipo de los nuestros, pero no me gustan las bromas. Asegúrate de que está con Desirée.

—Iré dentro de unos minutos a ver qué pasa allí.

—De acuerdo. Cuando vuelva Carlo, dile que estoy en mi habitación, descansando un poco.

—Bien.

Stan Patrick se dirigió a la posada donde tenía su dormitorio. Estaba muy cerca del muelle, en efecto, pero ni él ni Paulo vieron a Kademan pegado a la esquina siguiente, mirando al inglés entrar en la posada.

Abajo, tenso, Kademan esperó apenas un minuto, hasta ver, en la fachada del edificio de piedra y madera, encenderse la luz de una de las ventanas. A partir de entonces, sus movimientos fueron los de un acróbata con auténticas facultades felinas.

Escaló la pared por la parte de atrás, llegó a una de las ventanas traseras del piso correspondiente a la ventana donde había visto encenderse la luz y entró, puesto que, naturalmente, todas las ventanas estaban abiertas, debido al intenso calor pegajoso de la noche. Recorrió rápidamente el pasillo, vio luz bajo una de las puertas y pegó el oído a la madera. Oyó el silbido de un hombre que parecía sentirse muy a gusto, y sonrió duramente.

Se desabrochó el ancho cinto de cuero y tiró de la hebilla. A continuación de esta, apareció un mango forrado de piel, delgado, y una hoja de delgadísimo acero, apenas cuatro dedos de largo, afilada, agudísima.

Llamó a la puerta con la mano izquierda, manteniendo la derecha colgando con naturalidad, escondiendo el cuchillo.

Dentro, el hombre dejó de silbar. Se oyeron los pasos hasta la puerta y luego la voz de Stan Patrick:

—¿Quién?

—Soy yo, Stan: Luis Lugones. Acepto esos tragos. No encuentro a Desirée.

La puerta se abrió, atraída por un ceñudo Stan Patrick, que, enseguida, sonrió simpáticamente.

—Pasa... ¿Cómo me has encontrado?

—Te vi entrar aquí, y he preguntado abajo.

—Ah...

Kademan entró, y Patrick cerró la puerta.

—Ponte cómodo... Lo primero que voy a hacer es cambiarme de ropas... Aunque tendría que ducharme un poco, ¿no crees?

—Seguramente. Por mí, tranquilo. Puedo esperar... ¿Dónde tienes algo para beber?

—En esta...

El brazo izquierdo de Charles Kademan pasó por delante de Stan Patrick y se clavó, como un cepo brutal, en su garganta. Fue con un golpe seco, firme, seguro, hasta el punto de que el inglés notó inmediatamente el corte de su respiración.

Alzó ambas manos, que se crisparon sobre el antebrazo del agente del F.B.I., empezando a clavar las uñas en la carne...

Pero Kademan solo tuvo que lanzar hacia adelante su mano derecha, y la delgadísima hoja de acero se clavó en los riñones de Stan Patrick que, inmediatamente, se relajó, perdiendo todo deseo de lucha, de resistencia.

—Aquí tienes otro idiota, Stan... —musitó gélidamente Kademan—. Ya ves, otro idiota del F.B.I., que viene a husmear vuestras cosas, vuestra organización...

Un debilísimo gemido brotó de la garganta de Stan Patrick. No tenía fuerzas más que para eso, pero parecía intentar desasirse de aquel brazo férreo que lo estaba estrangulando.

—No te violentes, querido Stan... Es de idiotas resistirse a morir cuando las cartas están echadas...

Charles Kademan volvió a clavar el cuchillo en la espalda de Stan Patrick, que se estremeció como hoja bajo un vendaval.

—¿No te ríes ahora, Stan, valiente? ¿No hablas ahora de un hombre del

F.B.I. acorralado después de tres días sin comer ni dormir...? ¿No te causa risa tú propia situación...? Vamos, hombre, suelta una risita... ¡Ríe, Stan, ríe...!

Y volvió a clavar la hoja. El peso de Stan Patrick era ya casi el de un cadáver. Solamente sus piernas parecían sostenerlo un poco todavía. Tenía los ojos desorbitados, el rostro muy rojo, la boca abierta.

—Solo era un agente del F.B.I., ¿no es eso? Pues aquí tienes otro... ¡Aquí tienes otro, Stan! ¡Me gustaría oírte reír ahora, decir que el agente del F.B.I. es un idiota!... ¡Quiero que rías ahora!

Otra cuchillada, seca, sorda, sañuda, llegó hasta lo más profundo del cuerpo de Stan Patrick, que murió silenciosa, discretamente, mansamente, en los brazos del «G-man».

Charles Kademan dio todavía otra cuchillada de seguridad, con una frialdad escalofriante, como si no estuviese haciendo nada que se saliese de lo corriente. Luego, despacio, dejó el cadáver de Stan Patrick en el suelo y se fue al espejo del lavabo. Se miró en él, y no vio rastro alguno de sangre en sus ropas.

Regresó junto a Patrick, cuya expresión resultaba todavía más aterrorizada que la de Jeff Carson, y se lo quedó mirando malignamente.

—Muchacho —dijo—, esto no es más que el principio. Te aseguro que todos los que habéis disparado contra ese compañero que ahora está esperando en el fondo de la bahía, vais a ir pagando, uno a uno, una vida por plomo disparado.

Limpió el cuchillo, lo escondió de nuevo en el cinto y salió de la habitación de Stan Patrick. Para salir del edificio utilizó el mismo camino que para entrar.

Y apenas quince segundos después, se encontraba en la calle. Un rápido vistazo a su alrededor le dio la seguridad de que nadie le había visto por allí. Buscó de nuevo las sombras y se dirigió, a toda prisa, hacia la taberna del bigotudo Joao.

Cuando entró en ella, tranquilamente, el bigotudo estaba sirviendo vino a un par de hombres apoyados en el mostrador. Lo miró, y Kademan le hizo una seña, indicando el extremo del mostrador.

Cuando Joao llegó allá, Kademan lo miró fríamente.

—Joao, hay algo que me revienta en esta cochina vida: son los tipos que engañan al prójimo.

—Cada uno hace lo que puede por vivir.

—Oh, claro, claro... Solo quiero decirte que, al margen de la bicoca que me ha salido con este asunto de Desirée y Carlo, me siento algo asqueado cuando veo tu cara y recuerdo tus trucos.

—¿Y...?

—Y te partiré la cabeza, aunque seas de mi grupo, si vuelves a tomarme

el pelo... ¿Ta güeno?

El bigotudo sonrió conciliadoramente.

—Todos hacemos las cosas por dinero, Lugones. Pero ya no más truquitos ni tonterías. Ahora somos amigos... ¿O no?

Kademan frunció el ceño para, finalmente, sonreír.

—Está bien, Joao. Somos amigos. Pero no olvides mis palabras. Ya he trabajado con vosotros, de modo que no quiero más tonterías. ¿Está ella arriba?

—Te está esperando.

Charles Kademan sonrió como un auténtico granuja que ha visto una oportunidad más en su vida para ganar dinero fácilmente, sea como sea.

—Tá güeno. Allá voy.

IV

HACIA la una de la madrugada, sonó la llamada a la puerta de la habitación de Charles Kademan. Una llamada perentoria, exigente.

Y los dos miraron hacia allá.

—Está ocurriendo algo —dijo Desirée.

—¿Y qué demonios nos importa a nosotros? —masculló Kademan, besándola en el cuello.

—Luis... —gimió ella—. Luis, no sigas... Ve a abrir.

—¿Quieres marcharte ya?

—Me quedaré el tiempo que quieras... ¡El tiempo que quieras! Pero si llaman, tenemos que abrir... Ni tú ni yo somos libres; tenemos un trabajo con ellos...

—Quizá no sean ellos.

—Son ellos —aseguró Desirée—. Ningunos otros se atreverían a venir a molestarnos... ni Joao lo permitiría... Ve a ver qué está ocurriendo.

Aparentando una muy convincente mala gana, Kademan saltó de la cama y fue a abrir. Apenas hubo quitado el pestillo, la puerta fue empujada, y Raúl y Carlo entraron impetuosamente en la habitación. Miraron a Desirée un instante, con sorprendente indiferencia, y luego se encararon con Kademan.

—Lo han liquidado —dijo Carlo.

El «G-man» se quedó mirándolo como quien no sabe ni siquiera de dónde llega la voz.

—¿Qué es lo que han liquidado? —gruñó.

—A Stan... Le han metido cuatro cuchilladas en la espalda.

—¿A Stan? —casi gritó Kademan—. ¡Oh, vete al demonio, Carlo! ¡No es momento de bromas...!

—¡No es una broma! —gritó Carlo Devero—. ¡Os estoy diciendo que alguien ha acuchillado a Stan!

Desirée salió del lecho y se puso la blusa.

—¿Sabéis quién ha sido?

—¡Aquí íbamos a estar si supiésemos quién ha sido! —aulló Carlo—. Todo lo que sabemos es que le han dejado los riñones a pedacitos...

Kademan se rascó la coronilla, fue hacia la mesita de noche y se sirvió una dosis de ron, que no estaba drogado.

—Está bien, se han cargado a Stan... ¿Qué es lo que tenemos que hacer ahora? ¿Buscar a quién lo hizo?

—Sería inútil. Además, sabemos quién lo ha hecho.

—¿De veras? ¿Quién?

—Un agente del F.B.I.

Kademan bebió un sorbito de ron y luego se quedó mirando el que quedaba en el vasito.

—Casi resulta divertido... Resulta que os cargáis a un agente del F.B.I., lo tiramos al mar hecho un fardo, y ahora venís a la una de la madrugada a decirme que ese agente del F.B.I. ha liquidado a Stan...

—¡Claro que no ha sido ese! ¡Estaba muerto! —exclamó Raúl.

—De eso estoy bien seguro... Bueno: si no ha sido ese... ¿quién ha sido?

—Otro... Otro agente del F.B.I., Lugones.

—Ah... Qué interesante. O sea, que, según entiendo, Brasil está lleno de agentes del F.B.I.

—Cualquiera puede ser un agente del F.B.I. Kademan miró como divertido a Carlo.

—¿Conque cualquiera? Vaya, esto me parece una estupidez, Carlo. Para ser agente del F.B.I. hay que reunir determinadas condiciones físicas, morales y mentales... Yo creo que no cualquiera puede ser agente del F.B.I. Por tanto, hay pocos. Y ahora resulta que de esos pocos tenemos aquí a uno o varios que se dedican tontamente a vengar la muerte de un compañero... ¿No os parece pueril?

—¿Pueril? —musitó Carlo.

—Pueril por completo. Vamos a suponer que hubiese aquí un compañero del tipo que tiré al mar... ¿Os parece lógico que se dedique a descubrir su presencia liquidando a Stan? Vamos, vamos... ¡Hay que pensar con la cabeza, con los sesos, Carlo, como tú dijiste!

—Hay un agente del F.B.I. en el puerto de Salvador —musitó el italiano—. Uno, por lo menos. Y ahora que pienso, quizá fuese el que tenía que recoger al otro, para ponerlo a salvo.

Kademan lo miró burlonamente y bebió otro sorbito de ron.

—Por lo que yo sé, los agentes del F.B.I. son tipos algo raros, que rara vez fallan en su trabajo... ¿Dices que sospechas que uno de esos agentes tenía que recoger al que mataron Stan y otros?

—Eso pienso.

—Bueno, ¿y por qué no lo recogieron? Supongo que, de ser así, el que estaba muerto tenía determinadas instrucciones para recogerlo. ¿Por qué no ocurrió eso? Por lo que tengo entendido, esos agentes del F.B.I. fallan muy pocas veces.

—Quizá el que tenía que recogerlo no pudo acudir al lugar a tiempo —deslizó secamente Carlo.

Kademan se rascó la punta de la nariz, mirando irónicamente al italiano.

—Ah... Ya veo... Va a resultar que el agente del F.B.I. que vino a recoger al otro soy yo, y que no pude ir a recogerlo porque Desirée me drogó. Luego, después de ver muerto a mí compañero, lo tiro al mar, ya que no tengo más remedio, puesto que Stan me está vigilando. Y, por último, tengo una idea genial: me subo con Stan adonde él quiera y allá lo mato... La cosa tiene gracia, Carlo.

—No tiene ninguna gracia —farfulló el italiano—, porque sabemos que no has sido tú. Déjate de tonterías, Lugones.

—No son tonterías. Me gustaría saber exactamente qué situación es la mía en este asunto.

—Mira, el tiempo es más que oro, así que vamos a dejar este asunto ya...

—No —cortó secamente Kademan—, quiero saberlo todo. ¿Cuál es mi situación? Porque si estáis pensando que yo liquidé a Stan...

—¡No estamos pensando nada de eso! Ocurre que sospechábamos que aquel tipo del F.B.I. tenía a alguien por aquí, dispuesto a ayudarle... Ese alguien ha sido quien ha acuchillado a Stan, desde luego. Pero no has sido tú, Lugones.

Kademan encendió cachazudamente un cigarrillo.

—¿Cómo puedes estar seguro, Carlo?

—¡No te las des de listo conmigo, mejicano! En, cuanto llegaste al puerto, Paulo se dedicó a vigilarte. Dice que, muy poco después de hablar con Stan, vino aquí, a la taberna, y que tú ya estabas con Desirée. Pero si has salido...

—No se ha movido de mi lado desde que llegó —dijo. Desirée.

—¡Pues no hablemos más de esto y vámonos! —estalló Carlo—. ¡No sé quién será el tipo que ha matado a Stan, pero hay que dejarlo aquí solo, pensando que mañana por la mañana nos va a tener a todos controlados!... Solo que cuando salga el sol, no va a encontrar a nadie a quién controlar.

—Resumiendo —dijo Kademan—: ¿soy de confianza?

—Mira, Lugones: te teníamos vigilado, y nada has hecho. En cambio, alguien le ha cortado para siempre el resuello a Stan. Eso quiere decir que las personas o persona que estamos intentando descubrir no eres tú. De modo que vamos a hacer nuestro trabajo. Debido al agente del F.B.I. que estaba metido en la expedición, esta se ha retrasado, esperando el aviso nuestro de que puede continuar su camino. Ahora, les diremos lo que está ocurriendo.

—¿Por radio? —casi bostezó Kademan.

—¡Personalmente! Iremos allá en tu lancha, hablaremos con el jefe de esa expedición y veremos qué es lo que se decide.

—¿Iremos a la selva?

—Exactamente. Vamos, ponte en marcha; salimos ahora mismo.

—¿No sería mejor que yo me quedara? Podría distinguir a un yanqui de cualquier otra persona...

—Olvida eso. El yanqui, el agente del F.B.I. en sí, no importa demasiado. Lo que importa es la expedición.

—¿De armas?

—De... ¿Qué demonios te importa a ti? Kademan miró hoscamente al italiano.

—Una cosa quiero que sepáis, Carlo: me revienta trabajar en grupo. En mí trabajo anterior lo pasaba bien porque yo lo hacía todo. Ahora, tengo que estar oyendo tonterías, haciendo lo que otros me dicen, y no saber ni siquiera adónde voy... De acuerdo: salimos enseguida.

Estuvo listo en menos de medio minuto. Y lo mismo ocurrió con Desirée, que parecía dispuesta a no separarse de Luis Lugones.

Abandonaron la posada, fueron al muelle, y allá abordaron todos la lancha de Kademan, bajo la mirada de Paulo, que aseguró que estaría atento, buscando al hombre que había acuchillado a Stan Patrick.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Kademan.

—Al mismo sitio donde nos dejaste antes a Raúl y a mí. Cerca de allá está el punto cero.

—Qué bien. ¿Y qué pasa en ese punto?

—Recogeremos a algunos amigos. Y entonces remontaremos en dos lanchas el Paraguaçu.

—¿Hasta encontrar la expedición?

—Eso es. Lourenço tiene que saber lo que está ocurriendo.

—¿Quién es Lourenço?

—El jefe de la expedición. En marcha, Lugones. Y no olvides que estás trabajando con nosotros.

—No lo olvidéis vosotros, a la hora de pagarme.

* * *

Recogieron a media docena de hombres en el punto cero. Tuvieron que dejar allá el par de «jeeps» en los que habían estado persiguiendo a Jeff Carson, para abordar la lancha de Kademan y la que estaba a disposición de los elementos que llegasen al punto cero.

En total, eran doce hombres y una mujer los que, hacia las dos y media de la madrugada, remontaban la corriente lenta pero firme del Paraguaçu en dos lanchas. De aquellos doce hombres, cinco formaban el grupo que habían acompañado a Stan Patrick en el asesinato del agente del F.B.I. Jeff Carson.

Cinco rostros, que Charles Kademan supo que no olvidaría jamás.

Estuvieron navegando toda la noche, río arriba. Al amanecer, uno de

los hombres que habían recogido en el muelle de Salvador, ocupó el lugar de Kademan al volante de la lancha, y el «G-man» se dedicó a dormir tranquilamente, tumbado en la pequeña cubierta, tirado más bien, como un fardo más.

No importaba. Era capaz de dormir en una esterilla de faquir, y la movediza cubierta le parecía el más confortable de los lechos. La humedad pegajosa del río le producía algunos pinchazos en la herida que todavía no estaba cicatrizada, pero no importaba, salvo terminar con toda eficacia la misión que Jeff Carson había empezado, y cuyo final había sido la pérdida de la vida.

Desirée Tatin le había sonreído cuando se tumbó junto a ella, pero no le hizo demasiado caso. A fin de cuentas, ella era solamente un «gancho» en los muelles de Salvador. Un «gancho» cuyo trabajo había tenido como consecuencia la muerte del agente especial Jeff Carson... Lo cuál era tanto como estar condenada a muerte...

Antes de dormirse, Kademan la estuvo mirando, a través de sus párpados entornados. Era una chica bonita, y parecía inteligente. Pero su suerte estaba echada. De un modo u otro, ella iba a morir. Lo mismo daba que fuese bajo la punta del cuchillo que escondía en su cinto o de cualquier otra manera. Pero, definitivamente, Desirée Tatin tenía que morir. Igual que aquellos cinco hombres que formaban el grupo que había estado acosando a Jeff Carson durante cinco días... Ninguno de ellos iba a sobrevivir a aquel viaje... Y si así fuese, morirían, uno a uno, dolorosamente, en Salvador.

El culpable, obviamente, sería «un agente del F.B.I.», que estaba haciendo de las suyas en Salvador. Pero no podrían culpar a Luis Lugones...

* * *

A media tarde del día siguiente, Kademan vio a un hombre junto a la orilla izquierda del río, que hacía señas hacia las dos lanchas... Miró a Carlo, que estaba a su lado, y el italiano musitó:

—Hemos llegado... Ve hacia esa parte de la orilla, Lugones.

—Bien.

Giró el volante, de modo que la lancha fue acercándose a la orilla. La otra lancha fue tras la del «G-man» y las dos quedaron fijas al fondo fangoso del río por medio de los respectivos anclotes.

El hombre que había hecho las señas se acercó allá, y cuando Carlo Devero hubo desembarcado le tendió la mano, sonriendo.

—¿Qué tal, Carlo?

—No demasiado bien... ¿Sigue Lourenço con la expedición?

—Claro... ¿Ha ocurrido algo?

—Los que fueron detrás del agente del F.B.I., lo mataron... Pero alguien ha matado Juego, a cuchilladas, a Stan. Hay algo que no está funcionando bien.

—Será mejor que hables con Lourenço. No es conveniente arriesgar toda la expedición sin la seguridad de que va a llegar la mercancía al lugar señalado. ¿Crees que tendremos que esperar mucho tiempo aquí?

—Hablaré con Lourenço.

Carlo Devero se volvió, dio algunas órdenes, y se dirigió selva adentro, guiado por el hombre que le había recibido en la orilla. Los demás fueron saltando de las lanchas y se fueron detrás de ellos dos. Mientras, Kademan simulaba tener algún apuro con la lancha, retrasando el momento de alejarse de esta, tocando los mandos y algunas cosas que no parecían estar en su sitio.

—¿Vienes o no? —inquirió Desirée.

—Enseguida. Pero quiero dejar esto en condiciones. Ve con los demás, amor. Esta orilla es un asco...

—Hay una senda, de modo que nos encontrarás fácilmente.

—Seguro, linda.

Desirée se alejó hacia el interior. Estaba tan aburrida y asqueada que seguramente no lo pasaría mejor tierra adentro que junto a la orilla. Pero lo importante era cambiar de lugar, de ambiente, desprenderse de aquella modorra brutal producida por el sol vertical.

Kademan esperó hasta convencerse de que estaba completamente solo en la orilla. Entonces, fue a la radio de la lancha, graduó el dial y lanzó su llamada:

—Recogida en bahía llamando a base en «Navigator»... Recogida en bahía llamando a base en «Navigator»... Cambio.

—¿Eres tú, Charles? Cambio.

—Soy Charles. Dispongo de pocos segundos, de pocos segundos, de modo que voy a ser yo solo quien hable... Quiero saber si Aarón Dunn está oyéndome. Cambio.

—El inspector Dunn está oyéndote. Adelante. Cambio.

—Hablaré yo solo y una sola vez. Quiero que estén atentos todos. Empiezo: llegué a Salvador sin novedad y me alojé en la taberna de un tipo de grandes bigotes llamado Joao, cerca de los muelles. Allí, una fulana llamada Desirée Tatin hizo contacto con el aventurero Luis Lugones y lo narcotizó. Luego, salieron dos hombres más, Carlo y Raúl. Y otro, que vigila los muelles: Paulo. Mientras yo estaba narcotizado, un hombre llamado Stan y cinco más, que habían estado persiguiendo a Jeff Carson, lo acorralaron en punto de recogida y lo acribillaron. Agente especial Jeff Carson muerto y lanzado al fondo de la bahía, en el centro exacto geográfico. Si no regreso, recójalo. Hombre llamado Stan muerto a

cuchilladas por mí en su habitación de una posada a pocas yardas del embarcadero elegido para Luis Lugones. Quedan cinco, cuyos nombres no conozco todavía, pero que iré matando oportunamente. Por el momento, estamos Paraguaçu arriba, como unas cincuenta millas, quizá algo menos. Un tipo llamado Lourenço manda la expedición... No han dicho de qué es la expedición, pero supongo que es de uranio de contrabando, según informes que Jeff Carson facilitó. Esto echaría por tierra las teorías acumuladas respecto al empleo de grandes aviones que utilizan regularmente los aeropuertos brasileños con todo descaro. Ignoro lo que está ocurriendo con toda exactitud, pero estoy dispuesto a saberlo sea como sea. Mantengan la onda y quedan a la espera, cerca de Salvador... No es conveniente que se alejen. ¿Todo entendido? Cambio.

—Todo entendido, Kademan, Charles. El inspector Dunn quiere hablar contigo personalmente. ¿Escuchas? Cambio.

—Escucho. Cambio.

—Charles... —oyó la voz de Aarón Dunn—. ¿Me estas oyendo, Charles? Cambio.

—Le oigo, señor. Cambio.

—Regresa inmediatamente a base «Navigator». Ahora. Es una orden, Charles. Cambio.

—No atiendo ninguna clase de orden, señor. Lo siento. A Jeff Carson lo han matado por mí culpa. Le fallé. Ahora, yo quiero acabar lo que él empezó, que presumo es más importante de lo que parece. Hay una expedición cuya importancia todavía ignoro, pero pronto podré valorarla. Sea lo que sea, haré lo que contribuya a que el nombre de Jeff Carson quede en nuestras listas como el de un agente que triunfó en toda la línea. No pienso obedecerle, señor. Lo siento. Cambio.

—¡Vuelve inmediatamente! Cambio.

—Orden desestimada, señor —sonrió tristemente Kademan—. Mi herida está bien, a pesar de haber recibido un par de golpes en ella. Tengo una expedición que no quiero perder de vista, y cinco hombres a los que quiero asesinar. Usaré la táctica guerrillera «Murder veintidós», del manual «F.B.I.'s Man»... O cualquier otra, con tal de matarlos. Esto suena un poco a asesino, señor. Pero los mataré. No olviden recoger a Jeff Carson en el centro exacto geográfico de la bahía de Salvador. Por lo demás, solo quiero vengar a Jeff Carson y acabar su trabajo. Poco importa que regrese o no, señor. Si regreso, ya le abrazaré. Si no regreso, espero que todo lo que he dicho sea de utilidad para otros agentes, y le ruego que no me lloren a mí, sino a Carson. Cambio y fuera.

Cortó la comunicación y se quedó mirando la radio abstraído, triste, sombrío.

Cuando alzó la mirada, hacia la orilla, la vio.

Era una mestiza de negro y blanca, o viceversa. Tenía los ojos muy negros, el cuerpo más esbelto y bien proporcionado que jamás había visto, la boca oscura y húmeda. Llevaba lo que quedaba de una falda amarilla y un jersey de hilo negro.

Kademan llevó la mano a la hebilla de su cinturón, despreocupadamente. Si era necesario, degollaría a aquella hermosa mestiza y escondería su cadáver...

Pero ella, de pronto, sonrió y dijo:

—Hola... Me llamo Andrea...

—Yo me llamo Luis —musitó el «G-man»—. ¿Eres del grupo?

—Claro... Lourenço quiere verte.

Hablaba en portugués, y eso tranquilizó a Kademan.

—¿No hablas inglés?

—No... ¿Estabas probando la radio?

—Nada de eso. Estaba arreglando un par de hilos y enviaba un mensaje cariñoso a un agente del F.B.I. que tuve el gusto de echar al fondo del mar —sonrió burlonamente—. Me gusta desearles paz eterna a los muertos, nena.

—¿Tu radio no funciona?

—Ahora creo que sí. Pero antes no.

—Entonces... ¿por qué hablabas en ella?

—Pues como los muertos tampoco oyen... ¿por qué no puedo yo mandarles mensajes con una radio estropeada?

Se echó a reír, saltó de la lancha y se acercó a la muchacha, que retrocedió un paso.

—Lourenço quiere verte —insistió.

—Ya te he oído. ¿Qué pasa? ¿Temes que te coma un pedazo de ese lindo cuerpo?

—Tú estás loco... Déjame tranquila y vamos a ver a Lourenço.

—Hija, qué cabezota eres... Vamos a ver a Lourenço. Aunque no veo por qué tanta prisa...

La tomó por la cintura, con fuerza, y la estrechó rudamente contra sí, riendo. Ella le dejó hacer. Incluso permitió que Kademan, en su papel de aventurero desvergonzado, llegase con los labios a los suyos.

Y fue justo entonces cuando el «G-man» notó aquello duro, rígido, en su estómago...

Separó a la muchacha y bajó la vista hacia la pistola que ella empuñaba firmemente, incrustada en su estómago.

—Este no es tu trabajo... —musitó ella—. Iremos a ver a Lourenço, y puedes sentirte feliz porque yo no le diga lo que has hecho.

—¿Qué he hecho, preciosa?

—Besarme. Suéltame y...

—... Y vamos a ver a Lourenço. Ya sé, ya sé... Pues nada, dulzura: vamos a ver a Lourenço.

V

CUANDO llegaron al pequeño claro en la selva cercano al río, el hombre llamado Lourenço ya estaba al corriente de todo lo que concernía a Luis Lugones.

Y, obviamente, era más listo que todos los demás, ya que todo lo que dijo, secamente, fue:

—Matadlo. No me gusta.

Charles Kademan notó un latigazo helado que pareció rodear todo su cuerpo. Miró a la muchacha llamada Andrea, que le había llevado hasta allí. Luego, a Desirée, que había palidecido un poco. Y, por último, a Carlo Devero, que había fruncido el ceño.

—Oye, Carlo, esto no es...

—Espera. Y calla, Lugones. Yo hablaré.

Kademan sacó velozmente su pistola, que apuntó directa al pecho de Lourenço.

—¡Qué demonios de hablar!... Este tipo quiere liquidarme, y esa es una broma que a mí no me hace sonreír... Dile que no me gustan las tonterías... Le voy a meter un par de balas en la barriga antes de que nadie de aquí pueda mover un dedo... ¿Está entendido? ¿Tá güeno?

—Guarda esa pistola, Lugones —farfulló Carlo—. Y déjate de fanfarronadas idiotas. Yo convenceré a Lourenço.

Kademan miró hoscamente a Lourenço. Era un tipo alto, de hombros muy anchos, cejas espesas y agudos ojos negros. Llevaba barba de varias semanas, unos pantalones cortos, una camisa acartonada de tanto sudor empapado y una pistola al cinto, como un «gun-man» del ya legendario Far West. Sus manos eran enormes, y sus ojos se movían a tal velocidad que parecía capaz de abarcar a la vez todo lo que sucedía a su alrededor.

—Pues convéncelo antes de que guarde mi cacharro, Carlo. Maldita sea, ¡este no fue el trato! Escucha bien esto: si alguien que no sea tú se mueve, le meto unas balas en el ombligo al amigo Lourenço. He dicho.

Carlo se adelantó hacia Lourenço, un poco inquieto, porque estaba convencido de que Luis Lugones, efectivamente, tenía mala idea, sangre de la negra. Seguro que podrían matarlo. Pero también era seguro que, antes de conseguirlo, el mejicano habría metido dos balas exactamente en el lugar mencionado: el ombligo de Lourenço.

—Mira, Lourenço...

—No te molestes, Carlo —sonrió el barbudo jefe de la expedición—. Acepto ahora a Luis Lugones. Tú, Lugones, guarda eso. Y que sea pronto.

Yo soy quien dice aquí cuándo hay que sacar la pistola.

Kademan lo miró con expresión malhumorada.

De pronto, se guardó la pistola, dio media vuelta y fue a sentarse en una roca, hosco el gesto. Se quedó mirando a Lourenço como quien está dispuesto a romperle la cara a alguien por muy jefe que sea de una expedición.

—No me gustan las bromas, Lourenço, se lo aseguro... —farfulló—. Si lo que pasa es que no les intereso, díganlo ahora, y...

—¿Sabes manejar una radio?

—No —gruñó Kademan.

—Sí sabes —sonrió Lourenço—. Carlo me ha dicho que tienes una en tu lancha. No creo que la lleves de adorno.

—Está bien, sé manejar una radio... ¿Y qué?

—Serás ayudante de ellos. Quiero que cada uno de mis hombres haga el trabajo en el que mejor sepa actuar —señaló a dos hombres que estaban junto a una gran radio con grandes baterías separadas—. Pero no te acerques al aparato sin autorización.

—Claro. No sea que resulte que soy otro agente del F.B.I. y me dedique a enviar mensajes por ahí... ¿Tá güeno?

—No hables tanto —sonrió gélidamente Lourenço—. No me gustan las bocas que se mueven más de lo necesario... Carlo, ordena que se monte aquí el campamento. Partiremos al amanecer.

—Sí, Lourenço.

—¿Por qué no ahora? —dijo Kademan—. Al amanecer podríamos estar poco menos que en Salvador.

—Yo doy las órdenes, Lugones. No lo repetiré.

Kademan asintió y encendió un cigarrillo. Carlo se dedicó a organizar el campamento para la acampada, bajo la atenta mirada del agente del F.B.I., que parecía únicamente preocupado por su cigarrillo de procedencia mejicana.

Había allí no menos de doce hercúleos negros, cada uno de los cuales estaba encargado de un fardo no demasiado grande y que, desde luego, no les agotaba por su peso. Aquella carga podía haber sido transportada con la mitad de hombres. Luego, había tres hombres blancos, aparte de los cinco que estaban destinados a ser muertos de acuerdo al plan «Murder 22» del manual del «F.B.I.'s Man». Y, además, Carlo, Raúl, Desirée y la muchacha llamada Andrea, que era, indiscutiblemente, la sensación de la expedición.

Kademan se alertó cuando la vio reunirse con Lourenço. Ella dijo algo que hizo sonreír al barbudo jefe, que le dio una palmadita en una cadera, confianzudo. Luego, se alejó de ella, reuniéndose con Carlo, que estaba examinando la radio.

Junto a esta, estaban los dos hombres blancos señalados. Y también dos

gigantescos negros que, sin duda, eran los encargados de transportar el pesado aparato, con sus baterías, durante el recorrido de la expedición. Aquella debía ser la radio a la cual, de un modo u otro, había conseguido llegar Jeff Carson, para enviar el mensaje al «Navigator».

Jeff Carson. Era casi una obsesión para Charles Kademan. Una cosa era segura: si Carson había conseguido utilizar aquella radio en su propio beneficio, había demostrado tener un temple especial, un valor y sangre fría a toda prueba. Era casi un reto para el «G-man» Charles Kademan. Si Jeff Carson lo había conseguido, él podría conseguirlo.

Conseguiría más aún. Carson no había podido decir qué había en aquellos fardos. Él podría... Tenía que poder. Más... ¿qué otra cosa podía haber sino uranio?

¿Era una idea descabellada?

—No temas... No le he dicho a Lourenço que me has besado.

Alzó la cabeza, verdaderamente sobresaltado. Andrea estaba junto a él, mirándolo intensamente.

—Muy amable, Andrea... ¿Qué hay entre vosotros dos?

—Eso es cosa nuestra.

—Ah... Entiendo.

—Sí... Es fácil de entender... ¿Verdad?

Kademan la miró en silencio unos segundos.

—Supongo que nadie te engañó —gruñó—: Si estás aquí, será por algo que te conviene, supongo.

—A todos nos conviene lo mismo, Lugones.

—¿Dinero?

Ella encogió los hombros. Los tenía pequeñitos, delgaditos, como los de una muñeca perfectamente construida. Los labios resultaban un poquito gruesos, pero, por lo demás, Andrea era algo sensacional. Su piel era dorada, brillante.

—¿Me das un cigarrillo?

—Claro...

Se lo encendió. Andrea fumaba con evidente placer. Parecía un poco triste, apesadumbrada, y Kademan se sorprendió pensando que sería una agradable tarea dedicarse a proteger a aquella muchacha de fino busto y silueta esbelta, pujante.

Desirée se acercó a los dos y se quedó mirando con cierto recelo a Andrea.

—Será mejor que nos encarguemos de nuestra tienda, Luis. Nadie hace aquí el trabajo de los demás.

—Acabaré de fumar el cigarrillo. ¿Quieres uno?

—Bueno.

Andrea se alejó lentamente, mientras Desirée se sentaba junto al «G-

man», que le entregó un cigarrillo encendido.

—Olvídala... —musitó Desirée—. Ella es cosa de Lourenço. En cambio, yo no tengo que dar explicaciones a nadie.

—No tengo que olvidar algo que jamás ha ocupado mi cabeza, Desirée.

—Me pareció...

—No pienses tanto. Puedes volverte loca. ¿Qué malditos demonios estamos llevando de un lado a otro?

—No pienses en ello.

—No es que me importe ni poco ni mucho. Solo creo que podríamos llegar tranquilamente a Salvador al amanecer, en las canoas. Sería mucho más rápido y descansado que llevarlo a pie por entre la selva... ¿No te parece?

—Lourenço es quien dice aquí lo que se tiene que hacer. Este es tu trabajo cada mes: acompañar la expedición. Luego, cobras, y los dos podemos estar juntos en Salvador el resto del mes, sin hacer nada que... que no sea de nuestro agrado, con toda libertad.

—Eso me parece muy bien. Nos ocuparemos enseguida de nuestra tienda. Espero que no tengamos que compartirla con ninguno de esos muchachos negros.

—Ellos duermen al aire libre.

Acabaron los cigarrillos y montaron la tienda. Desde la suya, montada por dos de los negros porteadores, Andrea los miraba de cuando en cuando, cruzándose su mirada con la de Kademan, que se estaba preguntando si la muchacha no le estaba vigilando por orden de Lourenço. Por supuesto, ella le habría dicho que le había encontrado hablando junto a la radio de su lancha, «conversando con un muerto» para hacer unas pruebas que podían resultar bastante increíbles...

Carlo Devero apareció de pronto junto a él, sonriendo.

—Lourenço quiere verte, Lugones. Sé astuto, ya que le has resultado... simpático.

—¿Significa eso algo especialmente bueno?

—Puede significar más de dos mil dólares yanquis al mes.

—¡Fiuuu...!

—Ven conmigo. Tenéis que charlar. Y olvida la altanería de antes. Estuvo bien entonces, pero ya no vale... ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Lourenço es un gran jefe... ¿No?

—Desde luego. Piensa que en esta expedición a la que no se concede demasiada importancia convergen los envíos de todos los aviones y centros industriales... Esta es la gran expedición, Lugones.

—La gran expedición... ¿de qué?

—De contrabando... —rio Carlo—. Eso es algo a lo que tú estás acostumbrado, supongo.

—Sí. Pero siempre he sabido qué era lo que contrabandeaba.

—¿Qué más da?

—¿Qué es eso de los aviones que convergen...?

—No hagas más preguntas. A su debido tiempo, si sabes trabajar bien, te ganarás la confianza de Lourenço. Entonces, todo irá estupendamente para ti... Ahora, él te hablará de radios. Sé sincero y claro. No hables mucho. Solo lo justo, lo exacto y preciso. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo... Me estás hablando como si fuese un pobre tonto, Carlo.

—Sé que no lo eres. Vamos a hablar con Lourenço. Y recuerda bien lo que te he dicho.

—Bien.

Lourenço Silveira estaba sentado a la puerta de su tienda, teniendo bajo su aguda mirada siempre alerta el total de paquetes que componían la carga de la expedición. Fumaba en pipa, con evidente placer. Parecía muy cansado, a pesar de que, obviamente, había estado viajando en el único «jeep» que habían dejado los hombres que se dedicaron a perseguir a Jeff Carson selva adelante, hacia la desembocadura del Paraguaçu.

Estaba claro que aquella marcha casi habría podido ser sostenida por los demás miembros de la expedición. Pero también estaba claro que, por un motivo sin duda bien fundado, Lourenço no tenía prisa en llegar a la costa, de modo que iba reteniendo la marcha, seguramente esperando instrucciones por radio. Hasta que aquellas instrucciones le autorizasen, iría prolongando el viaje.

—Siéntate, Lugones.

—Sí, señor. Carlo me ha dicho...

—Sé lo que te ha dicho Carlo, porque yo le envié. ¿Eres mejicano?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Matehuala, Estado de San Luis de Potosí.

—¿Has estado dedicado al contrabando de armas entre Méjico y Santo Domingo?

—Me pagaban bien.

—¿Quién?

Kademan frunció el ceño. Vaciló, miró a Carlo y luego a Lourenço Silveira.

—¿Es necesario decir eso?

—Me temo que sí.

—Bueno, eso es tanto como autorizarme a decir el nombre de usted cuando, quizá más adelante, trabaje para otra persona.

—Puedes decir a quién quieras que has estado trabajando con Lourenço —sonrió este—, ya que ese nombre no significa nada... ¿Con quién

estuviste trabajando en ese asunto de armas?

—Con un mejicano llamado Encinas y con un ruso llamado Podarov. Partía de Veracruz con la lancha llena de armas y tenía que llevarlas a una bahía de la isla. Allí las recogían, me pagaban en dólares americanos y eso era todo. La última vez tuve que cambiar el rumbo, porque no me gustaron los tipos que me seguían. Conseguí despistarlos al sur del Caribe, y me dije que sería buena idea seguir navegando hacia estos lugares, ya que tenía dinero.

—Está bien... Luego comprobaremos todo eso, por la radio.

—Comprobarán, ¿qué cosa?

—Lo de ese mejicano llamado Encinas y del ruso Podarov. Tenemos algunos amigos en Méjico... Cálmate: no vamos a molestar ni perjudicar a nadie. Sabemos movernos con discreción. Y con lentitud, cuando es necesario... ¿Qué tal entiendes de radios?

—Creo que soy un experto.

—¿Seguro?

—Yo creo que sí.

—Lo sabremos pronto también. Dentro de un rato enviarás un mensaje... Hablarás con unas personas, que están esperando. Te daremos la longitud de onda y los datos técnicos que precises.

—Está bien.

—Hay algo más, para lo cual te he llamado, precisamente... ¿Qué te parecería pasarte un mes de cada cuatro en la selva?

—Muy mal... Me resultaría asqueroso... ¿Cuánto cobraría?

Lourenço sonrió fríamente.

—Diez mil dólares. Luego, tres meses de descanso... En Salvador, en Bahía, en Río de Janeiro, Sao Paulo... Eso sería cuenta tuya.

—Acepto. ¿Qué tendría que hacer?

—Nada que sea especialmente difícil. Estarías al cargo de una radio como esta, selva adentro, recogiendo una de las cargas.

—¿De qué cargas habla?

—Una de las cargas —dijo lentamente Lourenço—. Esto todo cuanto te interesa, Lugones.

—Ya... Bueno, entiendo que varias cargas acuden a cierto lugar determinado desde diversos puntos de Brasil, y que yo llevaría una de esas cargas a ese cierto lugar donde todas son reunidas... ¿Diez mil dólares? ¡No se hable más!

—Te lo dije —sonrió Carlo—. Solo hay que ser prudente y listo, Lugones.

—Parece que sí... ¿Qué mensaje es el que tengo que enviar?

—Primero te vamos a poner delante de la radio, que está en estos momentos deliberadamente estropeada. La arreglas, conectas la frecuencia

de onda que te diremos, y dirás lo que yo te vaya ordenando...

—¿Crees que no entiendo de radios?

—Diez mil dólares es mucho dinero para pagárselo a un inepto cualquiera, Lugones. Vamos a donde está la radio.

Llegaron los tres junto al aparato. Uno de los dos cuidadores blancos asintió con la cabeza. Entonces, Lourenço la señaló, dijo a Kademan que la arreglase, y que luego buscase con el dial la onda que él le indicó.

Charles Kademan, agente especial del F.B.I., hubiese podido hacer aquello en menos de diez minutos. Pero no había que exagerar, de modo que Luis Lugones lo consiguió en veinticinco, cuando ya empezaba a anochecer.

—Onda de contacto, Lourenço... —sonrió—. Y todo arreglado.

—Ha sido un buen trabajo, Lugones. Ahora, pasa el siguiente mensaje... ¿Atento?

—Sí...

—Bien... Tendrás que hablar en francés y...

—Lo siento. Eso no podré hacerlo —dijo Kademan, al parecer muy decepcionado—. No hablo francés.

—Entonces, dilo en portugués. El mensaje es este: recogidas todas las partidas que han convergido en punto cien de acuerdo al plan previsto y trazado en Río, expedición final se halla cerca de la costa en punto Salvador. Llegaremos dentro de dos días y cargaremos directamente todo el envío en el lugar previsto. Tengan listo el yate con el nombre «Sampao» bien visible y contesten a señales luminosas en costa cerca de punto cero. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Disimulando su emoción, Kademan repitió el mensaje por la radio. Recibió la respuesta de asentimiento y se volvió hacia el brasileño barbudo.

—¿Algo más?

—No. Has estado bien, Lugones; te felicito. Tendrás ese puesto en una de las expediciones convergentes. Ahora, puedes volver junto a Desirée... Tenemos todos la noche libre.

—Muy bien.

Miró hacia la tienda de Lourenço, en cuya puerta estaba ahora la bella y dulce mestiza Andrea...

Y la cosa no le gustó nada. Pero todo lo que podía y le convenía hacer era regresar a la tienda que habían montado entre él y Desirée.

Ella no estaba allí, y Kademan, extrañado, se dio una vuelta por el silencioso campamento, buscándola. La estaba viendo, cerca de uno de los porteadores negros, cuando acertó a ver a Lourenço, Carlo, Raúl y otro hombre más que se adentraban en la espesura cercana. Simuló regresar a su tienda, entró en ella y salió por la parte de atrás, alzando la lona.

Se deslizó hacia la vegetación, calculando por dónde debían estar los cuatro hombres. La primera señal de su presencia fue el humo blanco grisáceo de un cigarrillo, recortado con los oblicuos rayos del sol poniente. Se acercó más, y lo primero que oyó fue:

—... de confianza.

Era la voz de Carlo. Y respondió la de Lourenço:

—Es posible que tengas razón, Carlo. Pero todos tuvimos que pasar por varias pruebas antes de ser gente de confianza en el asunto... Si ese Lugones es de confianza, mejor, y nadie va a perder nada porque estemos precavidos. Si no lo es, lo sabremos, porque él se las arreglará de un modo u otro, esta noche, para enviar un mensaje con la radio a los suyos...

Kademan oyó la risa de Raúl.

—¡Estaría bueno que fuese lo que tememos y avisase a sus amigos diciendo que esperasen el cargamento dentro de dos días, y que vigilasen un yate con el nombre «Sampao»...! ¡Lo que me iba a reír!

—Le dejaremos acceso libre a la radio esta noche —dijo Lourenço—. Y no importa que diga eso, porque todo es falso. Pero, aunque esta noche él no intente nada, mañana serás tú, Carlo, quien te encargarás de avisar al «Gaviota», indicando que llegaremos por Nazaré y que haremos las señales por delante de la isla de Todos los Santos, pasando mañana hacia media noche. ¿Entendido?

—Claro, Lourenço.

—Bien, eso es todo. No quiero que se hable ni una sola palabra más de esto delante de Lugones. Me fastidiaría perderlo pudiendo tener un buen auxiliar, pero tampoco hay que andar tan desesperados a la recluta de hombres inteligentes. Si él resulta verdaderamente de los nuestros, tanto mejor. Si no, estas precauciones son indispensables... Volved cada una a vuestra tienda.

Kademan se deslizó rápidamente hacia la suya, adelantándose a los demás. Entró por detrás, alzando nuevamente la lona. Luego, la volvió a clavar, y se tumbó sobre el montón de hierbas.

Desirée apareció apenas tres minutos más tarde.

—Ah... Estás aquí...

—¿Dónde había de estar? —sonrió Kademan.

—Traigo un poco de ron... ¿Quieres?

—Hum.

—¡No lleva nada! —rio ella.

—Entonces, beberé un trago... Espero poder dormir esta noche, preciosa. No me va a mí eso de pasar la noche llevando una lancha río arriba.

—Descansaremos los dos —sonrió ella.

Charles Kademan sonrió amablemente. Se sentía poco menos que

vencedor en aquella pelea sorda que estaba establecida entre unos hombres que no se fiaban de él y al mismo tiempo necesitaban gente como él, y él mismo.

Sí.

Después de lo que había oído, todo lo que tenía que hacer era no acercarse aquella noche a la radio, como en principio había proyectado. Dormiría tranquilamente, esperaría el momento oportuno y entonces sí avisaría al inspector Dunn al «Navigator» de lo que iba a ocurrir dos noches más adelante.

Solo tenía que esperar. Esperar el momento oportuno. Entonces, no solo avisaría a los del «Navigator», sino que llevaría a la práctica el plan «Murder 22».

Sería un gran placer cortar algunos de aquellos cuellos.

VI

LA noche transcurrió sin novedad, y poco después del amanecer, la expedición se puso en movimiento, siempre hacia el Este, siguiendo el curso del Paraguaçu.

Solo que hubo modificación en el modo de continuar adelante: los negros, al mando de dos de los cinco blancos que habían asesinado a Jeff Carson, fueron por la selva, repartidos en los «jeeps». Los demás blancos fueron en lancha, repartidos entre las dos de que disponían: la de Kademan y la que hacía su servicio a los componentes del punto cero, en la playa de la bahía de Todos los Santos. Carlo mandaba una de estas lanchas, llevando a los hombres que tenían su residencia para operaciones en Salvador. Y en la de Kademan iban las dos mujeres, Lourenço y los demás blancos, tres de los cuales formaban el quinteto, junto con los que se habían ido con los negros, que habían acibillado a Carson.

Era un grupo de hombres notable. Uno a uno, resultaba ya gente de catadura poco recomendable. Todos juntos, eran un grupo casi siniestro. Había dos portugueses, dos brasileños, un italiano, un alemán, un venezolano, un francés y un norteamericano, todos ellos al mando de Lourenço. Se hablaba en todos los idiomas, y en una mezcla de ellos que se aproximaba al carioca. Eso habría bastado para desconcertar al agente federal si este no hubiese dominado todos aquellos idiomas, excepto el alemán, que era precisamente el que no se hablaba, salvo el propio alemán, que de cuando en cuando gruñía algo en su idioma.

Hacia las diez de la mañana, los componentes del grupo embarcados en la lancha de Kademan dormían sobre cubierta. El sol quemaba ya con fuerza, y todos parecían estar poco menos que extenuados. El viaje a través de la selva había sido muy duro.

¿Por qué esas peripecias agotadoras disponiendo de grandes y modernos aviones que, según informes, transportaban el uranio, utilizando con toda desfachatez los numerosos aeródromos brasileños?

Al volante de la lancha, Charles Kademan iba recopilando hipótesis y rechazándolas a continuación. El agua del río, color barro, brillaba ante él como una piel bruñida, fea, sucia. Junto a él, Desirée Tatin lo miraba de cuando en cuando y sonreía. En broma o en serio, la francesita de la Cayena parecía enamorada del «G-man», y nadie en la expedición daba a ello la menor importancia, del mismo modo que aceptaban lo que pudiese haber entre la deliciosa mestiza Andrea y Lourenço. Aquellas cosas no tenían importancia ninguna.

—Creo que iré a tumbarme bajo la toldilla —dijo Desirée.

—Está bien.

—Dentro de una hora, el calor será del todo insoportable, Luís. Si quieres un buen consejo, pídele a Lourenço que alguien te releve para entonces, siquiera sea por un par de horas.

—Estoy bien aquí. El aire de la marcha refresca más que la sombra quieta.

—Pues yo prefiero la sombra. ¿Te importa?

—Claro que no. Descansa.

Desirée se tumbó bajo la toldilla y cerró los ojos. Estaba cerca de Lourenço y Andrea, que parecían dormir profundamente.

Pero poco después la brasileña abrió los ojos y miró como desconcertada a su alrededor. Se sentó en la cubierta y se quedó mirando a Desirée, que a vez la estaba mirando.

Andrea se pasó una mano por la garganta, enjugando los finos chorritos de sudor que se deslizaban por su dorada piel. Sonrió desganadamente a Desirée, se puso en pie y se dirigió al tablero de mandos, quedando un poco retrasada con respecto a Kademan.

Este oyó el suspiro de la muchacha y se volvió. Ella tenía los cabellos lanzados al viento de la marcha, y había aparecido en su rostro una expresión de alivio.

—Sería espantoso que la lancha se detuviese ahora —musitó.

—Se notaría más el calor, sí —dijo Kademan.

Volvió más la cabeza y vio a Desirée, que los estaba mirando. Le guiñó un ojo a la francesa, y luego miró sonriendo a Andrea.

—¿Un cigarrillo, Andrea?

—Bueno... Sí, gracias.

Fumaron los dos, en silencio, durante un par de minutos. Andrea miraba a todos lados, como al descuido, especialmente hacia la toldilla donde los hombres dormitaban empapados en sudor; Desirée había optado también por cerrar los ojos, que se había protegido con un pañuelo.

De pronto, Andrea dijo:

—Mañana por la noche veremos el yate, en la costa.

—Sí, ya sé... Recogerán el cargamento en el punto cien.

—Oh, no —sonrió ingenuamente Andrea—. Eso lo dijo Lourenço para probarte... Lo cierto es que bajaremos por Nazaré, y que la carga será trasladada delante de la isla de Todos los Santos, a bordo del «Gaviota».

Kademan la miró «muy sorprendido».

—¿Del «Gaviota»? Pero Lourenço me dijo que...

—Lourenço te dijo que la carga sería trasladada en el punto cien a bordo de un yate llamado «Sampao»... ¿No es así?

—Sí... Eso es.

—Te engañó, porque no se fía de ti.

—¿Tú sí te fías de mí? —sonrió Kademan.

Estaban los dos de cara a la marcha, volviendo la espalda a los demás, y hablaban mirando al frente. Pero entonces, Andrea ladeó la cabeza y miró fijamente al «G-man».

—Es evidente que confío en ti, Luis. Quiero que sepas la verdad de lo que está pasando aquí.

—Ah... ¿Cuál es esa verdad?

—Estamos transportando uranio refinado. Los paquetes son lanzados en paracaídas desde unos aviones, en ciertos puntos de la selva... Esos aviones llegan luego a diversos aeródromos, llevando migajas de uranio en bruto. Migajas miserables, Luis. La verdadera carga la transportamos nosotros, lentamente, de modo penoso, pero seguro. Los servicios de espionaje de varios países tienen puestos los ojos en esos aviones, están vigilando, están montando sus sistemas de ataque, una vez todo sabido, todo acorralado. Pero no conseguirán nada.

—¿Por qué? —musitó Kademan.

—Porque los hombres que tienden las operaciones de los aviones son unos desdichados que nada saben. Y si algo saben, es tan poco que no sería de utilidad a nadie lo que ellos pudiesen decir.

—Podrían decir dónde tiran los cargamentos de uranio refinado.

—Nunca son los mismos lugares. El piloto de cada avión recibe la orden de lanzar la carga en determinado punto cuando ya está en ruta, y muy cerca de ese punto.

—¿Recibe la orden por radio?

—Sí... Todos reciben la orden por radio. Lanzan cada uno su carga en el lugar que se le indica, y siguen su vuelo. Luego, unos hombres recogen los paquetes y empiezan el viaje hacia el punto de convergencia de todos. Allí, Lourenço se hace cargo de la expedición, y la manda hacia la costa, donde un yate la recoge, de noche, siempre también en puntos diferentes.

—Muy ingenioso. Complicado, quizá, pero ingenioso. Aunque... ¿por qué complicado? En realidad, es simple y efectivo a la vez... ¿Dónde se consigue el uranio?

—En diversas refinerías. No sé cuáles son.

—Pero sabes otras muchas cosas, Andrea... ¿Verdad?

—Sí. Por ejemplo, sé que Lourenço es uno de los hombres de verdad importantes en esta organización. Tan importante, que recibe órdenes directas del jefe absoluto de Brasil, desde Río de Janeiro.

Charles Kademan hubiese lanzado un silbidito admirativo de buena gana. Pero continuó preguntando con indiferencia:

—¿Ese hombre de Río de Janeiro... es el que dirige todas las operaciones en Brasil?

—Sí.

—Es decir, que él sí conoce las diversas refinerías de donde obtiene el uranio.

—Él lo sabe todo, puesto que todo lo organiza. Lourenço es uno de sus tres o cuatro hombres de confianza. Esos pocos hombres son los únicos que tienen conocimiento de su existencia, y que saben dónde encontrarlo exactamente, o cómo ponerse en contacto con él. Si ese hombre cayese, toda la organización caería, cesaría el tráfico de uranio.

—Bien... Si se supiese el nombre de ese tipo sería bastante fácil encontrarlo en Río de Janeiro, ya que supongo que no es un desgraciado cualquiera.

—Ni mucho menos. Es un millonario que vive en Copacabana... Se reúne con cierta frecuencia con los hombres importantes de otros países, para cambiar impresiones respecto al contrabando de uranio. Si cualquiera de esos hombres cayese, liquidar la organización sería cosa fácil, supongo.

—Claro... Por eso, Lourenço toma tantas precauciones conmigo... Lo cual me parece bien, ya que yo haría lo mismo. ¿Todas estas cosas te las ha contado Lourenço a ti?

—Las he ido sabiendo —sonrió secamente Andrea—. Una palabra, una llamada por radio, un nombre...

—Naturalmente, no habrás oído el nombre de ese jefe residente en Río de Janeiro.

—Lo he oído.

—Bueno, bueno... Eres una chica sorprendente. ¿No crees que Lourenço se disgustaría contigo si supiese que me estás contando cosas que posiblemente ni el mismo Carlo sabe?

—Desde luego que Carlo no lo sabe. Pero mi situación junto a Lourenço no puede tenerla Carlo.

El «G-man» se mordió los labios, al notar la amargura en la voz de la muchacha.

—Entiendo... ¿Te lleva siempre consigo?

—Solo por la selva. En Río, el respetable señor Lourenço Silveira no quiere ni verme. Ya me lo ha advertido, para cuando acabemos este viaje.

—¿Cuántos viajes llevas con él?

—Este es el segundo. Lo conocí en Río, y él me propuso viajar por la selva a su lado. Me las arreglé para que así lo hiciese.

Kademan frunció el ceño.

—¿Quieres decir que fuiste tú quien buscaste a Lourenço, a propósito, para conseguir viajar con él?

—Así es. Lo teníamos bien estudiado, y sabíamos que acostumbraba llevarse muchachas de viaje. Luego, las despedía, y eso era todo...

—¿A ti no te despidió?

—Soy más inteligente que las demás.

—Y posiblemente, más bella, Andrea. ¿Por qué este segundo viaje con Lourenço? ¿Y quiénes sois los que teníais bien estudiado a Lourenço?

—El servicio secreto brasileño.

Esta vez, Charles Kademan tuvo una gran dificultad en mantener su actitud entre curiosa e irónica, como quien no da demasiada importancia a nada. La miró amablemente y sonrió.

—¿El servicio secreto brasileño?

—Así es, Luis. La vez anterior, no pude conseguir tan buenos resultados de información, pero sí supe conseguir que Lourenço quisiera retenerme junto a él. Y ahora, en este segundo viaje, sé lo suficiente para que mis compañeros puedan trabajar sobre buena base. Por ejemplo, el nombre de ese jefe absoluto, radicado en Río de Janeiro, es Eusebio Carvalho Dos Santos. Ya ves: a veces se empieza capturando pequeñas piezas que llevan al jefe. En este caso, hemos hecho las cosas al revés, porque comprendemos que por muchos pequeños tentáculos que cercenemos, el pulpo seguirá existiendo. Pero ahora, tenemos al pulpo, a Eusebio Carvalho Dos Santos.

—Creo que estás loca... —musitó Kademan—. ¿Por qué me cuentas eso a mí? No sé qué clase de broma es esta, Andrea, pero, desde luego, voy a contarle a Lourenço todo lo que has dicho.

—Lo echarías todo a perder. Ah... Un último detalle: después de que el yate «Gaviota» recibe el cargamento frente a la isla de Todos los Santos, se dirige fuera de la bahía, navega como unas treinta millas mar adentro, y allá le sale al paso un submarino, que recoge todo el uranio y desaparece.

—¿Un submarino? ¿De qué nacionalidad?

—No lo sé con seguridad... Pero no nos cuesta nada pensar que puede ser ruso.

—Claro... No nos cuesta nada...

—¿Lo has entendido todo bien, Luis?

—Perfectamente. ¿Por qué me lo has contado?

—Porque necesitaré a alguien que me ayude a llegar a la radio en un momento determinado.

—¿Piensas realmente mantener tus palabras respecto a que perteneces al servicio secreto brasileño?

—Desde luego.

—Estás loca —repitió Kademan, casi irritado—. No sé lo que estás pensando de mí, pero te aseguro que en cuanto Lourenço despierte voy a contarle todo esto, Andrea.

—No lo harás. Yo también puedo serme útil a ti.

—¿A mí? —se burló Kademan—. ¿En qué puedes tú serme útil?

—Eres yanqui, desde luego. No sé si de la C.I.A. o del F.B.I., pero eres

yanqui.

—Estás loca —insistió una vez más Kademan.

—Tengo un oído finísimo, Luis. Ayer, cuando te sorprendí en la lancha, estabas hablando con alguien en tu idioma, por la radio. Naturalmente, esta no tenía nada estropeado. Te oí las suficientes palabras en inglés para saber que estás aquí en misión especial. Pero no me atreví entonces a pedirte que me dejases utilizarla a mí.

—¿Y ahora estás segura de mí... personalidad?

—Te vi ayer, cuando regresabas a tu tienda, por detrás, después de haber escuchado la conversación de Lourenço, Carlo, Raúl y Hermann. Estuviste espiándolos. Te arriesgaste demasiado, en mi opinión.

—No venía de escuchar a nadie. Había ido a... a... Ya me entiendes.

—No seas ingenuo —sonrió Andrea—. Si yo le hubiese contado a Lourenço que habías ido a... a... saliendo y entrando por detrás de la tienda... ¿crees que te habría creído?

—Eres una chica lista, Andrea... —suspiró Kademan—. Supongo que ahora, después de confiarte plenamente, me pedirás que te diga dónde tengo a mis compañeros en Brasil, cómo localizarlos... Claro: solo para recurrir a ellos en caso necesario, ¿no?

—No seas irónico. Eso se hace cuando se tiende una trampa a un agente, cuando se le confía con mentiras. Yo no voy a pedirte nombres, ni lugares, ni claves... Solo quiero que me ayudes a utilizar la radio en cuanto podamos.

Charles Kademan se quedó mirando fijamente a la bella mestiza, cuyo sudor había desaparecido ya, enjugado por la brisa obtenida mediante la marcha de la lancha. Ella le sostuvo la mirada, con una débil sonrisa en los dulces labios un tanto abultados.

Por fin, el «G-man» suspiró y dijo:

—Yo me encargaré de eso, Andrea.

—¿Podrás hacerlo? ¿Podrás enviar el mensaje con todo lo que te he dicho a los tuyos?

—Podré. ¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Andrea Miranda.

—Lo mencionaré.

—Bien... ¿Admites, entonces, que perteneces a la C.I.A.?

—Al F.B.I., Andrea —la miró intensamente—. Y ahora, puedes ya regresar junto a Lourenço. El escuchará con gran placer tú... descubrimiento.

Andrea sonrió dulcemente.

—No olvides indicar a los tuyos que avisen a mí servicio, Luis.

—Sé hacer las cosas... por lo general. Y no me llamo Luis Lugones, sino, realmente, Charles Kademan.

—Te seguiré llamando Luis, si no te importa.

Kademan sonrió secamente.

—Es una buena idea.

Andrea regresó a su sitio bajo la toldilla, mientras Kademan deslizaba la mano derecha hacia la culata de su pistola. Finalmente, había creído a la muchacha, pero en el espionaje siempre surgen sorpresas, y, si querían matarlo, más de uno se iba a ir de viaje con él. El primero, desde luego, sería Lourenço...

Pero nada ocurrió. Simplemente, Andrea se tumbó a la sombra, y cerró nuevamente los ojos, tras tirar el cigarrillo al agua.

VII

POCO antes del anochecer del día siguiente, las dos lanchas se detuvieron en la margen izquierda del río. Y allá aparecieron los dos hombres blancos que habían comandado la marcha en «jeeps» hasta aquel punto.

Los hercúleos negros trasladaron su carga desde los «jeeps» a las lanchas. Habían pasado malos días recorriendo la selva a pie, llevando cuidadosamente sus paquetes, mientras los blancos, en los «jeeps», recorrían el camino a la misma velocidad, pero más confortablemente. Ahora, para los negros, el trabajo había terminado definitivamente.

Lourenço les dio instrucciones respecto al regreso, y el punto donde debían esperar para recibir las órdenes siguientes y cobrar su paga, que les permitiría esperar tranquilamente, sin hacer nada, otros quince o treinta días, a la espera de ser llamados. Obviamente, disponiendo de vehículos, la colaboración de los negros no habría sido necesaria si hubiese seguido la expedición cualquiera de los malos caminos que existían en la selva. Pero no se seguía ningún camino antes utilizado. Lentitud y seguridad. Por eso, se utilizaba a los atléticos negros para transportar la carga, previendo siempre que, en algún lugar, incluso se tuvieran que abandonar los «jeeps».

Los negros subieron a los «jeeps», tras despedirse. Viajarían en ellos durante dos días. Luego, en el punto convenido con Lourenço, los dejarían, bien camuflados, y seguirían viaje a pie tierra adentro, hasta Lencois, en el extremo sur de la Serra da Tombador, donde esperarían las instrucciones finales y su paga.

—Esperaremos aquí hasta las diez —dijo Lourenço a los blancos que quedaban a sus órdenes—. Luego, seguiremos río abajo, cruzaremos la bahía y estaremos a las doce en punto delante de la isla de Todos los Santos. Sería bueno que nos dedicásemos a descansar. Pero antes comprobad todas vuestras armas... No hay que olvidar que alguien nos mató a Stan Patrick, en Salvador, hace días. Puede haber complicaciones... Ven, Andrea.

La brasileña dirigió una rapidísima mirada a Kademan y se reunió con Lourenço al pie de un enorme árbol. Se sentaron los dos. Desirée miró a Kademan, y musitó:

—¿Vamos nosotros también a sentarnos, Luis? Tengo la impresión de que todavía estoy en la lancha, balanceándome...

Se tumbaron todos, tras dejar las lanchas bien amarradas. Kademan miró un par de veces a Andrea, pero ella reía los comentarios de Lourenço,

ya como completamente ajena al hombre del F.B.I.

Las cosas no iban en absoluto bien. No habían podido utilizar la radio de la lancha en ningún momento. En cuanto a la que había transportado la expedición, pesadísima con sus enormes baterías, estaba ahora en la lancha de Kademan, por orden de Lourenço, que debía tener sus planes bien pensados, aunque nada había comunicado respecto a ellos.

Acercarse en aquellos momentos a la radio habría resultado no solo un suicidio, sino una estupidez que ni Kademan ni Andrea pensaban cometer.

Y, sin embargo, había que enviar aquel mensaje. Los dos habían trabajado duro, sabían todo lo necesario, había muerto un agente del F.B.I. llamado Jeff Carson... ¿Iba a resultar inútil todo aquello?

A las diez menos unos minutos, Lourenço se puso en pie, y los demás le imitaron rápidamente, dirigiéndose a las lanchas. Cada uno sabía ya su sitio, y no hubo una sola palabra durante el embarque.

Ya todos a bordo de las dos embarcaciones, Lourenço se acercó a Kademan.

—Nosotros iremos delante, Luis.

—Sí, señor... ¿Pongo rumbo al punto cero?

—No exactamente —sonrió Lourenço—. Ocurre que no vamos allá.

—Como usted me dijo hace dos días...

—Lo que dije, olvídalo. Ya me has oído antes: cruzaremos la bahía hacia la isla de Todos los Santos... ¿Sabes dónde está?

—No —mintió Kademan—. Apenas tuve tiempo de conocer nada de Salvador.

—Cruza la bahía hacia el Sur. A la salida, verás la isla. Pégate a la costa primero, y cuando yo te lo diga iremos mar adentro... ¿Lo has entendido?

—Desde luego.

—El viaje tiene que durar dos horas, de modo que no te apresures. Marcha lenta.

—De acuerdo. Ah, Lourenço, ya casi no queda combustible en mi lancha. Hemos recorrido...

—Eso se arreglará a su debido tiempo, no te preocupes. Lo estás haciendo bien, Luis.

—Gracias. Supongo que no se ha arrepentido de su oferta.

—¿Qué oferta?

Kademan frunció el ceño.

—La de diez mil dólares trimestrales.

—Oh... Desde luego que no la he olvidado. Cuando encuentro gente que me interesa, la pago bien, para que siga trabajando conmigo. Me gusta conocer de tiempo a mis hombres.

—¿Cómo a ellos? —señaló Kademan.

—Exactamente. Vámonos ya.

La lancha partió, hacia la desembocadura del Paraguaçu, y la otra salió detrás, manteniendo siempre una distancia no inferior a las veinte yardas, ni superior a las cincuenta. Se oían ruidos en la selva que los rodeaba, y la luz lunar ocasionaba miles de sombras que parecían moverse a ambas orillas. El agua se veía negra, brillante, y su rumor se iba apagando a medida que se acercaban a la desembocadura en el mar, en la bahía.

Cruzaron esta sin ningún contratiempo, y Kademan, siguiendo las instrucciones de Lourenço, acercó la lancha a la costa. Se oía entonces el rumor del mar, y se veía la blanca espuma en la orilla, que brillaba como un espejo extraño, de sectores opacos a trechos, de sectores brillantísimos en otros.

Enseguida vieron la isla de Todos los Santos. Luego, a la derecha, tierra adentro, las luces de la localidad llamada Nazaré...

—Mar adentro ahora, Luis.

—Sí, señor. ¿Noventa grados?

—Eso es: directo hacia la isla.

—¿Vamos a la isla?

—Vamos hacia la isla —sonrió Lourenço—. Es parecido, pero no exacto. ¿Captas la diferencia?

—Desde luego.

—Así me gusta. Gente que sepa captar el matiz de cada palabra, y diferenciar unas de otras... ¡Hermann!

El alemán, que era uno de los cinco hombres que Kademan se había propuesto matar, se adelantó, con una linterna en la mano derecha y un paquete en la izquierda.

—¿Ya? —preguntó.

—Sí... Haz las señales.

El alemán desenvolvió el paquete que había llevado en la mano izquierda. Resultó ser un globo de plástico negro, que se hinchó cuando funcionó el dispositivo de aire comprimido. Luego, Hermann lo tiró al agua y se volvió hacia Lourenço.

—Ya.

—Aléjate un poco, Luis —dijo Lourenço.

—Pero no veré el globo ese...

—Simplemente aléjate unos metros, hacia la izquierda.

—Bien...

La lancha se desplazó como quince yardas, hasta que Lourenço tocó en el brazo a Kademan. Este miró con curiosidad a Hermann, que se estaba poniendo unos lentes de cristales negros. Luego, apuntó la linterna hacia donde había quedado, aproximadamente, el globo de plástico negro.

Apretó el botón de encendido, pero no brotó ninguna luz. Empero,

Hermann no pareció contrariado en absoluto. Tan solo fue moviendo la linterna, hasta que, de pronto, dijo:

—Ya lo tengo.

—Pues haz la señal convenida.

Kademan no veía absolutamente nada, pero había comprendido ya el sistema de señales de aquella gente. Realmente ingenioso y discreto: se lanzaba un globo de plástico, impregnado de una sustancia que brillaba al recibir rayos de luz ultravioleta, pero que de ninguna manera podía verse por personas que no llevasen los lentes especiales que se había puesto el alemán. De este modo, Kademan sabía que, aunque él no estuviese viendo nada, Hermann sí veía el globo de plástico que, en aquel momento, iluminado por la luz ultravioleta, debía reflejar una luz lo bastante potente para, aunque fuese media milla más adentro, lo viese otra persona que llevase también lentes especiales.

—¿Contestan? —preguntó Lourenço.

—Todavía no.

—Pero... yo no veo nada —musitó Kademan—. ¿Qué es lo que están haciendo, Lourenço?

—Señales —rio el brasileño.

—¿Señales? No veo...

—No te compliques la vida, Luis. Ya lo sabrás a su debido tiempo. Mientras tanto, no...

—Contestan ahora... —dijo de pronto Hermann—. Es la señal convenida, Lourenço.

—Cambiad ahora la de seguridad, Hermann.

—Sí.

De nuevo las señales que solo Hermann y otro hombre con lentes iguales a los suyos podían ver. Las luces ultravioletas de las linternas especiales debían brillar en puntos y rayas de morse sobre el globo de plástico, transmitiendo el mensaje. Pero, aunque a menos de cien yardas hubiese habido alguien mirando precisamente hacia el globo, no habría podido ver nada.

—Todo bien, Lourenço —dijo el alemán.

—Vamos a recoger el globo. Adelante, Luis.

—No lo veo. No veo nada...

—Déjale los lentes, Hermann; y apunta tú al globo con la linterna.

—Bien.

El alemán tendió los lentes a Kademan, que se los puso, y enseguida, bajo la luz ultravioleta de la linterna manejada por Hermann, vio el globo. Dirigió la lancha hacia allá y Hermann recogió el globo, después que Kademan le devolvió los lentes, ya que de otro modo solo sabía dónde estaba por aproximación, como había estado ocurriendo mientras dirigía la

luz hacia allá sin llevar puestos los lentes.

—Ahora, directos hacia la isla, Luis.

Apenas trescientas yardas más adentro, el yate pareció surgir de pronto sobre las aguas. Debía ir pintado de rojo o azul, ya que de otro modo habría sido más fácil de distinguir. Solo una fina línea blanca, de adorno, recorría el casco, poco más arriba de la línea de flotación.

En la borda del yate había sido fijado ya un mecanismo de poleas y Lourenço lo utilizó para ser izado a bordo. Después de cuatro a cinco minutos de espera, reapareció, asomado a la borda.

—Id colocando la carga.

La otra lancha, al mando de Carlo, se acercó también al yate y quedó a la espera de que la carga que contenía la de Kademan hubiese sido izada a bordo. Luego se colocó junto al costado del yate, y Carlo fue dirigiendo la operación simple y rápida de traslado de la mercancía.

—Lourenço —llamó—: está ya todo.

—Ve a esperarme en el punto cero, Carlo.

—Está bien.

Se alejó, llevándose a los hombres de la organización residentes en Salvador. Charles Kademan sentía que empezaba a dejarse llevar por la ira que ocasionaba su impotencia. Podría haber empezado a disparar contra unos y otros, pero, ciertamente, no sería él quien saliese con vida de la pelea y, sin duda, el yate desaparecería de su alcance rápidamente, de un modo u otro. Y también de un modo u otro lo cierto era que el uranio refinado estaba ya a bordo del yate llamado «Gaviota», y que, posiblemente antes de veinticuatro horas, en alta mar, sería trasladado a un submarino...

—¡Luis!

—¡Sí, Lourenço!

—Ahora te envío combustible. Ordenad bien a bordo las latas, pero no cargues ahora el depósito.

—¡Está bien!

Recibió el suficiente combustible para hacer dos veces el mismo viaje. Luego Lourenço se descolgó, utilizando el sistema de poleas, y se frotó las manos satisfecho.

—Vámonos ya de aquí. La operación, con dos lanchas, ha sido rápida y perfecta. Al punto cero, Luis... ¿Lo conoces?

—Estuve antes allá, con Carlo.

—Pues vamos allá.

* * *

Cuando llegaron, Carlo y los demás estaban esperando en la playa, en la cual se veía la lancha, arrastrada parcialmente hacia la arena.

—¿Todo bien, Lourenço?

—Perfecto, Carlo. Os daré ahora vuestro dinero, regresaréis a Salvador y a vivir tranquilos hasta nueva orden.

Empezó a repartir billetes entre los residentes en Salvador, que se los embolsaron alegremente. Luego, Carlo suspiró profundamente.

—¿Algo más, Lourenço?

—Nada. Tú y los tuyos os quedáis aquí, como siempre. Nosotros iremos río arriba... Desirée se queda con vosotros.

—¿Y Luis? —preguntó Desirée.

—Él se viene con nosotros.

—Yo preferiría...

Lourenço la miró fríamente.

—Todos preferiríamos una vida más regalada, Desirée... Pero cada uno tenemos nuestro trabajo. Y tú irás a cumplir el tuyo en Salvador, con Paulo, con Joao, con Carlo, Raúl, Mendes... No voy a cambiar mi sistema por un capricho personal. De todos modos, Luis volverá aquí dentro de un mes y será todo para ti sola. Y, además, tendrá diez mil dólares. ¿Está entendido?

—Sí... Sí, Lourenço.

—Muy bien. Alejémonos todos de aquí... Hasta la vista.

Cada uno se dirigió a la lancha que le correspondía, de acuerdo a su nuevo destino, y poco después, mientras una se dirigía hacia Salvador, la otra lo hacía nuevamente hacia la desembocadura del Paraguaçu, que tendrían que remontar.

La operación se había finalizado sin que ni el agente especial del F.B.I. ni la agente del servicio secreto brasileño hubiesen podido hacer nada por evitarlo.

Y en la lancha, alejándose del alcance de los hombres del F.B.I. que ocupaban el yate «Navigator», estaban Lourenço Silveira, uno de los más importantes miembros de la organización; Andrea Miranda, cuyo sereno comportamiento empezaba a escamar a Charles Kademan; y los cinco hombres que, junto con Stan Patrick, habían acribillado a balazos a Jeff Carson, no muy lejos de allí, cuatro días antes.

Ya en pleno Paraguaçu, y cuando llevaban recorridas unas cinco millas corriente arriba, Lourenço señaló hacia la orilla.

—Descansaremos ahí esta noche, Luis.

—Bien. Yo creí que podríamos quedarnos en Salvador...

—Nunca. Siempre regresamos inmediatamente río arriba. No quiero que a ninguno de nosotros nos vean en Salvador. Por eso, el traslado de la carga lo hacemos de noche y enseguida volvemos a la selva. Más arriba dejaremos la lancha, subiremos a los «jeeps» y seguiremos... Te llevaré a tu punto de partida para el nuevo trabajo.

—Está bien.

Kademan llevó la lancha a la orilla, desembarcaron todos y se dispusieron a pasar allí la noche. Es decir, la poca noche que quedaba, ya que debían ser cerca de las tres de la madrugada, y en menos de una hora quizá saldría el sol.

Es decir, que Charles Kademan, agente especial del F.B.I., solo disponía de una hora para intentar todavía poner remedio a los sucesivos fracasos que estaba sufriendo durante aquella estancia suya en Brasil.

En una hora podía decidirse todo.

VIII

MEDIA hora antes del amanecer, Charles Kademan abrió los ojos, sin que hubiese en ellos la menor señal de sueño. Miró a su alrededor y el aspecto de durmientes de los demás miembros de la expedición que ya había finalizado, le satisfizo.

Se movió lentamente, incorporándose. Nadie dijo nada. Las respiraciones de Lourenço, Andrea, Hermann y los otros cuatro llegaban claramente hasta él en el silencio absoluto que precede al amanecer, que es cuando empiezan a oírse los papagayos, los monos, los macacos...

Se puso en pie y estuvo así no menos de dos minutos. Luego se movió apenas una yarda, en tres cortísimos pasos. Silencio. Parecía que el agotamiento era general, cosa que podía comprenderse sin gran esfuerzo, habida cuenta del durísimo viaje a través de la selva que aquellos hombres habían realizado.

Se fue alejando lentamente hacia la orilla del río.

Sabía que se estaba jugando la vida. El más ligero ruido que pudiese despertar a cualquiera de los miembros de aquella expedición, los pondría sobre su pista, al ver que no estaba durmiendo. Y su pista, indefectiblemente, solo podía llevarles hacia la lancha.

Cuando llegó junto a esta, el silencio persistía, como algo pesado, casi molesto. Era como una pesada capa húmeda que se cerniese sobre el Paraguaçu, cuyo rumor también parecía más tenue, más apagado.

Abordó la lancha, se detuvo delante de la radio a baterías de Lourenço y, tras vacilar, pensó que sería más conveniente utilizar la suya propia, ya que podía alcanzar la distancia a que podía hallarse el «Navigator».

Se sentó delante de ella y colocó el dial en la longitud de onda establecida. En absoluto le preocupaba la hora, porque sabía que en cualquier momento que llamase habría alguien en el «Navigator» dispuesto a recibir su mensaje: el F.B.I. no dormía completamente jamás.

—Charles Kademan en orilla Paraguaçu, llamando a «Navigator»... Charles Kademan en orilla Paraguaçu llamando a «Navigator»... Cambio.

—Te estamos oyendo, Charles. Cambio.

Kademan aspiró profundamente. En aquel momento, el pesado aire de la madrugada le pareció la más deliciosa de las brisas.

—Estoy como Luis Lugones en la expedición que transporta uranio refinado desde diversos puntos de Brasil. Decidme si estáis recibiendo perfectamente mi mensaje y si podéis tomar completa nota de todo. Cambio.

—Tu mensaje llega clarísimo hasta nosotros. Taquígrafo dispuesto a anotar absolutamente todo cuanto digas. Adelante. Cambio.

—He aquí, en primer lugar, los nombres de los residentes en Salvador relacionados con el contrabando: Desirée Tatin, Carlo Devero, Raúl Cárdenas, Paulo, Joao, Mendes. Siguen ahora los nombres de los componentes del grupo del interior. En primer lugar, Lourenço Silveira, jefe absoluto de las expediciones de la selva que transportan el uranio refinado a la costa, donde lo recoge un yate pintado de color que en la noche resulta oscuro y cuyo nombre es «Gaviota». Ese yate lleva luego el uranio a un submarino que, presumiblemente, es ruso. Los nombres que siguen son: Hermann, Taylor, Limoes, Agustini, Porselle. Estos cinco son los que, junto a otro llamado Stan Patrick acribillaron a Jeff Carson. Stan Patrick murió acuchillado a mis manos. Estos cinco, le seguirán. En cuanto a Lourenço, si me es posible, lo llevaré vivo a la costa... Dime si la recepción sigue siendo buena. Cambio.

—Buena, Charles. Sigue. Cambio.

—Sigo. Hay una flota de grandes aviones que fueron los que llamaron la atención de nuestros agentes residentes en Brasil, que se dedican a transportar el uranio. Pero cuando llegan a los diversos aeródromos, esos aviones solo llevan migajas de poco valor en cuanto al mineral. El auténtico uranio de calidad, ya refinado, es arrojado en varios puntos de la selva, en paracaídas. Lourenço Silveira y sus hombres lo recogen, lo agrupan, y luego lo llevan a pie hacia la costa, donde es transbordado al yate «Gaviota» y de allá, como ya he dicho, al submarino. ¿Okay? Cambio.

—Okay, Caries. Cambio.

—Lourenço Silveira es uno de los personajes importantes. Pero, además de él, que según parece es el hombre de acción, el hombre fuerte del grupo, existen varios más, muchos de ellos europeos, que están complicados en este contrabando de uranio brasileño. En Brasil hay un hombre, residente en Río de Janeiro, un millonario, que es el jefe de toda esta nación en cuanto al contrabando. Si lo cazáis, todo estará terminado, ya que los demás se encontrarán perdidos, desorientados, e irán cayendo rápidamente en manos del Servicio Secreto brasileño. El nombre de ese individuo de Río de Janeiro es...

—Ya basta, Luis Lugones.

Charles Kademan quedó petrificado, apto tan solo para notar el ramalazo de frío que recorrió violentamente su cuerpo, estremeciéndolo. Se volvió muy despacio y se quedó mirando a Hermann, el alemán, que le estaba apuntando con su pistola.

—Estaba probando la radio —musitó Kademan.

—Claro... Claro, Lugones... Aparta de ahí.

—Escucha, Hermann, no creas...

—Cállate.

El alemán se acercó a la radio, se inclinó sobre ella y continuó la transmisión oral, irónicamente:

—Su agente deja de transmitir por defunción. Cambio y fuera.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el «G-man», que parecía encogido sobre sí mismo, como un felino ante una antorcha.

—Vamos a ver a Lourenço, Lugones. El tendrá mucho interés en oír todas las cosas que estabas dispuesto a decir a no sé quién. Vamos, salta de la lancha. Y ten cuidado.

Los diminutos ojos del alemán estaban implacablemente fijos en Charles Kademan, que comprendió que, por el momento, todo estaba a favor de Hermann. Se acercó a la borda, se dispuso a saltar... Y, en aquel mismo momento, como una revelación, comprendió que su vida estaba perdida irremisiblemente. Lourenço querría saber lo que había hablado por la radio, le golpearían, le torturarían... Y nadie saldría beneficiado con ello. Inevitablemente, su sentencia de muerte estaba firmada.

Entonces... ¿por qué dejarse llevar mansamente al matadero?

Pareció que fuese a saltar por la borda, con una mano apoyada en esta. Pero en lugar de saltar hacia el fango de la orilla, sus pies se alzaron, juntos, hacia la mano de Hermann, golpeándola con fuerza. La pistola escapó de los dedos del alemán que, enseguida comprendió que lo más conveniente era gritar, avisar a los demás. Eso, aparte del éxito que pudiese tener en su pelea contra Luis Lugones.

Quiso abrir la boca, pero un puño duro como el acero se clavó en ella, reventándole los labios, hundiéndole los dientes. Salió disparado hacia atrás, dio de riñones contra la borda, y cuando casi notaba ya el relativo frescor del agua, unas garras fortísimas le sujetaron por la ropa y lo regresaron a la cubierta.

De nuevo abrió la boca, dispuesto a gritar, ahora asustado al ver ante él el transformado rostro del sonriente Luis Lugones. Tampoco en esta ocasión pudo gritar, porque la mano izquierda del falso Lugones se crispó en su garganta con la fuerza incontenible de un torniquete accionado furiosamente. El alemán notó enseguida la falta de aire, pero, además, recibió la cuchillada en pleno estómago, con lo que sus piernas, tras temblar convulsivamente, perdieron toda la fuerza.

Ni siquiera tuvo tiempo de pensar de dónde había sacado Lugones aquel cuchillo, jamás supo que un rápido tirón a la hebilla de su cinto había dejado mortalmente armado al falso mejicano...

Recibió la segunda cuchillada en un costado y la tercera de nuevo en el estómago. La cuarta partió en dos su corazón y quedó muerto delante del agitado «G-man», sostenido por la mano izquierda de este.

Kademan aflojó la presión y el alemán se fue escurriendo pegado a la

borda. Quedó sentado junto a esta, con los ojos horrorosamente abiertos, alzados, fijos en el cielo que comenzaba a ser azul...

Jadeando, Charles Kademan lo alzó hacia la borda, miró hacia atrás, hacia la orilla y soltó el cadáver, que se hundió con suave chapoteo en las espesas aguas cenagosas de la orilla. Quedó flotando extrañamente allí, pero el «G-man» comprendió que pronto se hundiría... Y no quería que se hundiese allí, porque los otros verían el cadáver...

Cogió el largo bichero de empuje de la embarcación por aguas muertas y acercó la aguda punta de hierro al pecho de Hermann. Ensartó las ropas con el medio anzuelo y lo empujó hacia la corriente, despacio... Parecía que el alemán pesase diez veces más.

Pero en pocos segundos la silenciosa corriente se hizo cargo de él, llevándoselo río abajo. Saldría al mar más pronto o más tarde, para entonces nada importaría ya.

De modo que Kademan, tras dejar el bichero de aguda punta de hierro, paralelo a la borda, sobre la cubierta, regresó a la radio.

—Quiero saber si continúa la recepción... —jadeó—. Cambio.

—Charles: ¿qué ha ocurrido? ¿Qué está pasando? Cambio.

—Borren de la lista al llamado Hermann. Acabo de matarlo y va río abajo. ¿Por dónde íbamos? Cambio.

—Por el nombre del jefe de Río de Janeiro. Cambio.

—Ya sé. Bien... Ese hombre, repito, es el jefe absoluto de Brasil, de modo que si lo atrapáis, todo se vendrá abajo. Se llama Eusebio Carvalho Dos Santos y vive en Copacabana, Río de Janeiro. Es un millonario que supongo será conocido en esa capital. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido: Eusebio Carvalho Dos Santos. Sigue. Cambio.

—Eso es todo, ya que, una vez apresado Dos Santos, lo demás caerá por sí solo. Paso ahora a otro asunto: tengo aquí a una mestiza brasileña llamada Andrea Miranda, que dice pertenecer a los servicios secretos brasileños. Quiero confirmación. Cambio.

—Estamos en contacto con el Servicio Secreto brasileño, Charles. Les preguntaremos por Andrea Miranda. Tenemos en Sao Paulo y en Río de Janeiro algunos agentes que recibirán instrucciones respecto a Eusebio Carvalho Dos Santos. Lo apresarán o, más probablemente, pasarán la información al Servicio Secreto brasileño, quien se encargará de ese Dos Santos. Repito, Charles: estamos en contacto desde hace dos días con el Servicio Secreto brasileño, trabajando en cooperación pedida por ellos. Paso las notas taquigráficas al inspector Dunn si no tienes nada más que decir. Cambio.

—Nada más, por el momento. Cambio.

—Espera un momento —transcurrió un minuto antes de que la voz del agente del F.B.I. afecto a la radio del «Navigator» se oyese de nuevo—.

Atiende, Charles: el inspector Dunn quiere que regreses ahora mismo... ¿Dónde estás? Cambio.

—Estoy Paraguaçu arriba, apenas cinco millas. Pero no pienso volver todavía. Por dos motivos. Los expongo. Uno: quiero matar a los cuatro hombres restantes del grupo que asesinaron a Jeff Carson. Dos: si esa chica llamada Andrea Miranda es realmente del Servicio Secreto brasileño, quiero dejarla a salvo. Decidme algo del cadáver de Jeff Carson. ¿Fue recogido? Cambio.

—Fue recogido y será enviado en la primera oportunidad a Estados Unidos. El inspector Dunn dice que ha sido un buen trabajo, Charles. Y quiere, insiste, en que regreses inmediatamente al punto donde fuiste lanzado desde el «Navigator». Cambio.

—No obedeceré. Quiero matar a esos cuatro y ayudar a Andrea... Volveré a llamar mañana y preguntaré sobre lo sucedido respecto al yate llamado «Gaviota», el submarino de nacionalidad presumiblemente rusa y el hombre llamado Eusebio Carvalho Dos Santos. Llamaré dentro de veinte o veinticuatro horas, si puedo. Si dentro de cuarenta y ocho no lo he hecho, jamás volveré a llamar. Cambio y fuera.

Cortó la comunicación, saltó de la lancha y regresó al campamento. Se quedó mirando incrédulamente a los demás miembros del grupo, que parecían dormir todos profundamente. Fue hacia el lugar donde todos le habían visto acostarse, se tumbó y cerró los ojos.

* * *

Simuló sobresaltarse cuando una mano lo zarandeó rudamente. Abrió los ojos y se quedó mirando como asustado a Lourenço.

—¿Qué... qué pasa...?

—Arriba, Luis. ¿Has visto a Hermann?

Kademan miró, convincentemente asombrado, hacia donde horas antes había visto tumbarse al alemán. Luego miró a Lourenço.

—¿A Hermann...? No... ¿Dónde está?

—No lo sabemos —dijo fríamente Lourenço—. Vamos a buscarlo todos ahora mismo.

—Sí... Está bien, Lourenço.

Se puso en pie, como atontado. Lourenço lo miraba fijamente y Kademan comprendió que aquel hombre, pese a su corpulencia, su rudo aspecto de gran potencia física, tenía un cerebro de primer orden.

—Es posible que Hermann esté por aquí cerca, Luis. De todos modos, no conviene que nos alejemos demasiado de este lugar. No quiero que nadie se aleje más de medio kilómetro de dónde está la lancha.

—Está bien, Lourenço, sí... Pero es extraño...

—Muy extraño... —deslizó fríamente Lourenço—. Creo que hemos tenido una filtración por Salvador.

—Mire, si cree que yo...

—No creo nada, todavía. Pero Hermann atendía la radio, de modo que es posible que fuese él quien consiguiese enviar algún mensaje a alguien en Salvador. No debemos olvidar que mataron a Stan Patrick...

—Si Hermann es ese hombre, Lourenço, no creo que esté por aquí.

—Puede que todo sea una tontería suya. Vamos a buscarlo... Nos encontraremos aquí dentro de una hora.

—¿Y si no lo encontramos...?

—Avisaremos por radio a Salvador, a Carlo. Y seguiremos nuestro camino.

—Bien...

Se repartieron selva adentro, formando seis radios, ya que Lourenço y Andrea fueron juntos. Pero, enseguida, los dos regresaron junto a la orilla, y Lourenço, tras mirar a todos lados, señaló la lancha a la muchacha.

—Espera en la lancha, Andrea. Ten lista la pistola, y no dejes subir a nadie... No quiero que ninguno de ellos se acerque a la radio.

—Sí, Lourenço.

La muchacha quedó sola en la orilla. Subió a la lancha y se quedó mirando la radio. De buena gana habría enviado el mensaje a sus compañeros del servicio secreto brasileño, pero conocía demasiado bien a Lourenço Silveira. Era más que probable que este se hubiese quedado escondido detrás de un árbol, vigilando la lancha... En cuyo caso, si ella tocaba la radio, solo tendría que dispararle...

Era tonto correr aquel riesgo, máxime cuando la desaparición del alemán le parecía a ella obra de Charles Kademan, el agente especial del F.B.I.

Lo mejor era esperar.

Un par de cientos de yardas selva adentro, Limoes recorría el terreno lentamente, no solo por precaución, sino por lo espeso de la jungla. Iba apartando las ramas, las lianas, pistola por delante, mirando muy atento...

Pero miraba hacia delante.

Por eso, cuando la liana apareció desde detrás de él y rodeó su garganta, le pilló completamente desprevenido. De ninguna manera había visto al agazapado Charles Kademan tensando la liana que había cortado de un árbol. Ni se esperaba aquel ataque traicionero por detrás, ni el brusco apretón de la liana en su garganta... Quiso disparar su pistola, pero un pie calzado con zapatillas de lona de procedencia mejicana apareció en su radio visual, golpeó su mano, y la pistola salió disparada lejos de él.

La voz del mejicano Luis Lugones sonó quedamente junto a su oreja:

—Me llamo Charles Kademan, Limoes... —susurró—. Ese es mi

nombre verdadero, y soy compañero en el F.B.I. del hombre que tú y cinco más acribillasteis a balazos en la playa de la bahía, cerca de Salvador...

Limoese se volvió... Alzó las manos hacia la liana, gimiendo, pero un tirón más violento casi le privó del conocimiento. Y la voz de Luis Lugones continuó llegando a su oído, como si viniese de muy lejos:

—No te molestes en buscar a Hermann. Lo he matado, igual que hice con Stan Patrick. Igual que voy a hacer contigo, Limoes... ¿Quieres que te diga una cosa?: los del F.B.I. también sabemos matar. Y voy a demostrártelo.

Charles Kademan lo demostró.

La liana fue apretando más y más la garganta de Limoes, hasta que este se relajó completamente, tras haberse puesto rígido por los últimos reflejos nerviosos de resistencia a morir, de inútil lucha por su vida.

Kademan lo dejó caer lentamente al suelo. Luego, se arrodilló junto a él y examinó aquel rostro crispado, amoratado, de ojos abiertos y muy saltones.

—Van tres, Limoes. Verás cómo con un poco de suerte cumplo la cuenta de seis.

Tiró la liana a un lado, se cargó en un hombro el cadáver de Limoes y continuó avanzando selva adentro, más allá del límite indicado por Lourenço Silveira. Dejó el cadáver escondido entre unos frondosos helechos, dio un rodeo y regresó al punto de reunión, cerca de la lancha.

Allá estaban Lourenço y Porselle. Agustini apareció diez minutos más tarde, moviendo negativamente la cabeza y sentándose en el suelo y encendiendo un cigarrillo. Casi enseguida llegó Taylor, que también se dejó caer y encendió un cigarrillo.

Lourenço se quedó mirando hacia la selva, pensativo, casi furioso, si bien estaba claro que sabía dominarse.

Media hora después, ya todos inquietos, Lourenço miró hacia la lancha, y la señaló.

—Vámonos —dijo.

—Falta Limoes —dijo Porselle.

—No importa. El tampoco volverá.

—Un momento, Lourenço. No me gusta esto de dejar a un compañero en un lugar como este. Si está en un apuro, no solo debemos esperarle, sino ir en su busca. Quizá le encontremos.

—No le encontraremos, Jean —musitó Lourenço—: no estamos solos en este lugar. Alguien está trabajando a su manera y a su comodidad. De modo que nos vamos inmediatamente con la lancha. Si nos siguen, tendrá que ser por el río, y los veremos. Estaremos alerta.

—¿Qué pasa con Limoes? —insistió Porselle.

—Si está vivo, y nos encuentra, podrá volver a Salvador, y desde allá se

las arreglará para reunirse con nosotros. Nos vamos.

Subieron todos a la lancha, y Kademan se hizo cargo del volante. Captó la mirada inquisitiva de Andrea, y asintió ligeramente con la cabeza; era suficiente para que ella entendiese, y Kademan se sintió más que pagado cuando vio la aprobación en los oscuros ojos de la mestiza. Y estuvo seguro entonces, solo entonces, de que Andrea Miranda, en efecto, pertenecía al servicio secreto brasileño. Lo cual fue bastante para que el «G-man» sintiese una profunda admiración hacia la muchacha.

IX

DURANTE catorce horas, es decir, hasta las siete de la tarde, estuvieron navegando río arriba, concediéndose pequeños descansos para refrescarse. El sol era algo espantoso, que parecía capaz de derretir cualquier cosa. Los mosquitos gigantes aparecieron poco después del mediodía, y durante dos horas se ensañaron con los navegantes. Fue el golpe de gracia, en realidad. La tensión nerviosa, la desaparición de dos compañeros, el calor, la incertidumbre...

Y por si aquello fuese poco, cuando Kademan, a instancias de Lourenço llamó a la base de Salvador por radio, nadie contestó, con lo cual los malos augurios parecieron incrementarse.

Después de dejar la lancha amarrada a un árbol cercano a la orilla, los cuatro hombres y Andrea buscaron un lugar fresco, más al interior, y se dejaron caer, derrengados.

Y media hora después, Kademan se puso en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Lourenço.

—Se está acabando el combustible del depósito —gruñó Kademan, aparentemente malhumorado—. Iré a echar las demás latas dentro, por si tenemos que salir de aquí a toda prisa. No me gusta esto, Lourenço.

El brasileño lo miró hoscamente.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—No es esta una organización segura. Me pareció que...

—Cumple tu trabajo. De lo demás, me encargo yo... Ve con él y ayúdale, Porselle. Cuando vengáis, traed algo para comer y beber... Nos quedaremos aquí esta noche.

Porselle se puso en pie, de muy mala gana, desde luego. Pero una orden de Lourenço no admitía réplica, y se fue hacia la orilla, en seguimiento de Kademan.

Este fue el primero en subir a la lancha, y se dirigió hacia donde estaban las provisiones.

—Yo me encargo de esto, Porselle. Llena tú el depósito: ahí tienes las latas.

—¿Te crees muy listo? —gruñó el francés—. Llena tú el depósito, y yo me encargaré de las provisiones.

Kademan lo miró hoscamente, pero acabó por encoger los hombros. Fue hacia popa, cogió dos de las latas llenas de combustible que les habían proporcionado en el «Gaviota» y se dirigió hacia el depósito de combustible, mientras Porselle iba seleccionando las conservas que

cenarían aquella noche.

Kademan vertió las dos latas, y cuando se volvió, vio a Porselle, ya cumplido su «trabajo», mirándole irónicamente, sentado de lado en la borda de la lancha, fumando.

El «G-man» gruñó algo, pero llevó las latas vacías adonde estaban las demás, cogió otras dos llenas y caminó hacia el depósito. Vació la primera, mirando a todos lados, como distraído... Su mirada estaba fija más de la cuenta en el largo bichero de punta metálica que había dejado aquella madrugada junto a la borda, a lo largo de la cubierta. Tenía una punta agudísima, de no menos de diez pulgadas de largo, oxidada... El palo que sujetaba la punta metálica era de unos nueve pies de largo...

Dejó la lata vacía sobre la cubierta, acercó las manos a la otra... y sus dedos parecieron clavarse en el extremo del bichero, que se alzó horizontalmente, ante los asombrados ojos de Porselle, que tiró el cigarrillo, se puso en pie y adelantó una mano...

—Lugones, tienes...

Charles Kademan empujó brutalmente el bichero hacia delante. La punta aguda de metal se clavó en el estómago de Porselle, y salió un par de pulgadas por la espalda.

Una expresión de dolor, pero, sobre todo de estupor, apareció en el rostro de Jean Porselle. Su boca se abrió, su rostro se desencajó. Y, de pronto, quedó como colgando del bichero, que todavía sostenía Charles Kademan, apoyando en la borda la punta metálica que salía por la espalda de Porselle.

Acortó el trecho sostenido del bichero, alzó este y deslizó el cadáver de Porselle al agua, dando tirones, hasta que se desprendió del bichero. Luego, con este, fue empujado el cadáver hasta que empezó a quedar en poder de la corriente del Paraguaçu.

Seguidamente, tiró las conservas al río. Diría que Porselle se había alejado de la lancha, llevando las conservas, y Lourenço, Taylor y Agustini tendrían que creerle.

Fue luego hacia la radio móvil del grupo, más potente que la de su lancha, y buscó en el dial la onda establecida con la radio del yate «Navigator».

—Charles Kademan llama a «Navigator»... Cambio.

—Estamos a la escucha, Charles. Cambio.

—Borren también de la lista a Jean Porselle y a Limoes. Los he matado. ¿Cómo va todo por ahí? Cambio.

—Estupendo, Charles. Hemos...

En aquel momento, Charles Kademan vio aparecer junto a la borda los crispados rostros de Lourenço, Agustini y Taylor. Bajo esos rostros, las pistolas. Lo habían oído, no necesitaban explicaciones, ni dallas.

Durante un par de segundos, pareció que todo el mundo se redujese a aquella tensa escena, con la voz de la radio como fondo:

—«...atrapado a Eusebio Carvalho Dos Santos, Charles. El servicio secreto brasileño nos ha indicado que está ya preso, y están obteniendo nombres de sus cómplices americanos y europeos. La chica llamada Andrea Miranda pertenece al servicio secreto brasileño, desde luego, y su trabajo está considerado en los archivos como fuera de toda serie. Volviendo a Dos Santos, te diré que en su captura intervinieron dos de nuestros compañeros destinados en Río. No hemos visto ni rastro del submarino, pero tenemos a todos los tripulantes y ocupantes del yate llamado «Gaviota». Estamos reteniendo la carga de uranio refinado, a la espera de que los brasileños se hagan cargo de ella...

Charles supo que los tres hombres iban a disparar en aquel momento, lívidos de ira. Se echó a un lado, sacando la pistola y disparando... Recibió dos balas en el estómago. Solo dos, porque Taylor, recibiendo la suya en la garganta, no pudo disparar. Apenas pudo ver esto, ya que las dos balas recibidas le empujaron violentamente por la cubierta, hasta chocar con fuerza contra la borda.

Muy lejanos, empequeñecidos, vio los rostros de Lourenço y Agustini, por encima de la borda, todavía apuntándole, dispuestos a disparar de nuevo... Lo iban a acribillar, igual que hicieron con Jeff Carson.

No importaba.

No.

No importaba ya. Solamente Agustini, el último de los seis asesinos de su compañero, estaba allí, con vida, dispuesto a matarlo también a él. Y Agustini era su objetivo... Su último objetivo.

Disparó cuando ya lo habían hecho los otros dos.

Notó el impacto de las balas en el pecho, pero, al mismo tiempo, como entre jirones de una extraña niebla roja, vio el, rostro de Agustini lleno de sangre...

Solo un instante, porque enseguida desapareció hacia atrás, como un fantasma que jamás hubiese existido.

Fue el último disparo del agente especial del F.B.I. que no había podido recoger, salvar a un compañero.

Kademan quedó tendido cara al cielo azul intenso del anochecer, con los ojos muy abiertos, incapaz ya de mover ni siquiera los párpados. Cada vez más lejana, continuaba oyendo la voz de su compañero del F.B.I. actuando como «radio» en el «Navigator»:

»—... magnífico trabajo, Charles. Te aseguro que después de esto va a quedar cortado el contrabando de uranio con destino a potencias desconocidas. Ahora, el inspector Dunn quiere, definitivamente ordena, que regreses al «Navigator»...

Notó el brusco balanceo de la lancha, y enseguida vio encima de él, muy alto, proyectándose hacia el cielo, a Lourenço Silveira, que estaba palidísimo y le apuntaba una vez más con su pistola.

—... gracias a tu trabajo, Charles. Jamás hubo otro mejor, en muchos años. Esto está terminando para esa gente. Por eso, el inspector Dunn, todo conseguido ya por nosotros y el servicio secreto brasileño, quiere que vuelvas ahora mismo, en la lancha o como sea. Hemos triunfado, Charles, una vez más...

De pronto, el extraño efecto óptico desapareció, y Kademan vio a Lourenço Silveira tal como era y estaba en realidad: junto a él, en pie, apuntándole con la pistola, diciendo algo...

—... Cerdo maldito del F.B.I., no vas a vivir para gozar de tu triunfo...

—Je, je... —rio Charles Kademan—. ¡Ji, ji, ji...!

Vio el demoníaco rostro de Lourenço. Luego, nada.

Nada.

Absolutamente nada.

Ni siquiera notó el golpecito de aquella bala que atravesó su corazón.

Ni siquiera vio la cabeza de Lourenço saltar en pedazos cuando la bala disparada por Andrea Miranda le acertó de lleno. Ni vio a Andrea subir a la lancha, arrodillarse junto a él y alzarle la cabeza.

—Charles... Charles, no puedes estar muerto... ¡Charles!

Ni la voz que brotaba de la radio:

—«He dicho que cambio y fuera, Charles. ¿Me estás oyendo, Charles? ¡Charles, contesta! ¡Cambio y fuera!»

* * *

El agente encargado de la radio se volvió hacia el inspector Dunn.

—No contesta, señor. Algo debe haberse estropeado.

Aarón Dunn, jefe a bordo del «Navigator», a doscientas millas del lugar donde estaba Charles Kademan, se mordió los labios.

—Ha muerto —dijo.

—Puede que haya tenido alguna avería...

—Ha muerto, Marvin. Es... es el silencio de la muerte... En hombres como Charles, el silencio y la muerte son la misma cosa. Ya no insistas más.

—Quizá todavía... ¡Contestan, señor!

Los rostros de los dos hombres se iluminaron, así como los de los demás agentes que esperaban detrás de Dunn. Marvin estuvo escuchando unos segundos. Luego, muy pálido, se volvió hacia los demás.

—Es... es la muchacha llamada Andrea Miranda, del servicio secreto brasileño. Charles ha muerto. Ella desea saber sí... si queremos su cadáver

o... o lo tira al río... Quiere nuestra posición, para que la recojamos... ¿Qué le digo sobre él... el cadáver de Charles?

—Dile que lo queremos... —musitó casi sin voz Dunn—. Explícale lo de la lancha, el bote hinchable y las bengalas... La recogeremos esta noche, a treinta millas al Este de la bahía de Todos los Santos. Asegúrale que no hay peligro de ninguna clase, que todos están ya en poder de la Ley brasileña. No tiene nada que temer por cerca que pase de Salvador.

—Sí, señor.

Marvin se dedicó a informar a Andrea Miranda, mientras Dunn, casi a tropezones, salía del cuarto de radio, y se acercaba a la borda. Se apoyó allí, sintiéndose pequeño, desdichado, congelado, como muerto. El F.B.I. había triunfado una vez más, pero, como casi siempre, dejaba tras él el silencio... y la muerte de sus hombres.

ESTE ES EL FINAL

EL helicóptero de la Marina esperaba, sobre sus flotadores especiales, el traslado de los dos cadáveres. Serían llevados al portaaviones, y de allá a Miami, en vuelo especial de uno de los aparatos de cubierta.

El oficial que mandaba el helicóptero tocó en un brazo a Aarón Dunn, que dejó de mirar aquellos dos rostros palidísimos y crispados, y se volvió hacia él.

—¿Sí, teniente...?

—Tenemos que partir ya, señor.

—Sí... Sí, lo entiendo...

—¿Podemos llevarlos ya al helicóptero?

—Desde luego.

Salió del camarote donde se habían reunido los cadáveres de Jeff Carson y Charles Kademan. Se acercó a la borda, reuniéndose allí con Andrea Miranda, que parecía ausente, mirando el limpio cielo azul.

—¿Se los llevan ya?

—Sí.

Los vieron cuando los sacaron, envueltos en sus lonas. El rostro de Carson aparecía algo hinchado, deformado. Pero el de Charles Kademan parecía de piedra: duro, seco, como cortado a cuchillo. Los bajaron cuidadosamente al helicóptero que, poco después, se elevó, lentamente, hacia aquel cielo de un azul purísimo, donde brillaba un sol alto, cegador, abrasador.

Allá iban. Allá iban dos hombres que habían luchado y muerto en servicio especial para el F.B.I. Uno de ellos había cometido un error. Involuntario, pero había costado la vida a su compañero. Y por eso, por ese compañero muerto, él había entregado también su vida, para que el trabajo empezado por él no resultase vano, inútil, estéril... Allá iban dos hombres que solo tendrían ya el silencio y la muerte, eternamente.

Y mientras... mientras Charles Kademan y Jeff Carson se alejaban de allí, cadáveres, la gente del servicio secreto brasileño seguía viva, sin duda satisfecha con ello, insensible a aquellas muertes... Pero así debía ser, realmente. Tarde o temprano, los agentes especiales tienen como premio el silencio... y la muerte. Y la indiferencia de los agentes de otros países, aunque sean amigos.

Pero entonces, Aarón Dunn oyó el contenido sollozo, a su lado, y la voz crispada, llorosa, de Andrea Miranda:

—Adiós... Adiós, Charlie... Siempre te recordaré.

FIN

AGENTE FEDERAL

Un
símbolo
CONTRA
EL
CRIMEN

FR

Es, naturalmente,
una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Amaro García, 17 • Madrid-5



UNIVERSO
CINEMA
PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

Notas

[←1]

El F.B.I. tiene agencias llamadas «post liaison» en diversos países, entre los que se cuenta Brasil. (Nota editorial).